

+ 7 años



Red, Churri, Thor, Lázaro, Irlandés, Chanda, Criollito, Fego... son algunos de los nombres del perro de esta historia. Un perro sin amo, porque lo perdió. En su búsqueda se defenderá de una pareja de pillos, trabajará en el circo y se hará amigo de Pulgarcito; pero también aprenderá que el amor y el cuidado toman mil formas, y que él ha escogido la mejor.

“Este es un libro entrañable que nos habla de la lealtad, la amistad y la honestidad.”



ISBN 978-958-773-560-4

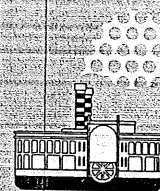


169546

9 789587 735604

42 C

AMO PERDIDO • TOMÁS ONAINDIA



EL BARCO
DE VAPOR

Amo perdido

Tomás Onaindia

Ilustraciones
de Juan Camilo Mayorga



sm

sm

*También esta vez,
para Mariana.*

EDICIÓN María Fernanda Paz-Castillo
CORRECCIÓN Karina Wesolowski
DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO Ana Palmero Cáceres

Amo perdido

PRIMERA EDICIÓN EN SM julio 2015
© DEL TEXTO Tomás Onaindía, 2006
© DE LAS ILUSTRACIONES Juan Camilo Mayorga, 2015
© Ediciones SM, Colombia, 2015

Carrera 85K 46A-66, oficina 502
Complejo Logístico San Cayetano
PBX 595 33 44, Bogotá

www.literaturasmcolombia.com
soylector@grupo-sm.com

DEPÓSITO LEGAL HECHO
ISBN 978-958-773-560-4

Impreso en Colombia / Printed in Colombia
Impreso por Editorial Delfín Ltda.

Todos los derechos reservados. Bajo las condiciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.





Abue me habló orgullosa:

—No sé de dónde sales, pero ¡bienvenido!

Estrella estaba acostada, inmóvil, pero cuando me vio entrar en la casa, sus pequeños ojos se abrieron tanto que parecían dos canicas gigantes.

En la montaña, mientras vigilo a las ovejas, tengo tiempo de sobra para pensar. Recuerdo que mi primer amo me abandonó y que un hombrecito arriesgó su vida para salvarme. Recuerdo que me han vendido y me han comprado. Recuerdo que me han pegado con bastones, látigos, escobas y puños. Recuerdo que me han pateado e insultado. Recuerdo que me he enfrentado con tigres, lobos, perros... y hombres. Recuerdo que me han llamado Red, Churri, Thor, Lázaro, Irlandés, Chanda y Criollito.

Ahora me llamo Fego y cuido un rebaño de ovejas mientras una anciana y una niña cuidan de mí. El lobo sigue en el bosque y, a veces, por la noche, escuchamos sus aullidos. Sin embargo, no ha vuelto a merodear por nuestra casa.

—¡Otra vez no! —imploraba.

De pronto un rayo de luz cayó sobre mí. Por un instante me desconcertó y aflojé la presión. Era todo lo que el lobo necesitaba para zafar su cabeza del agujero y revolverse contra mí.

—¡Apártate! —me gritó Abue.

Ni pensarlo, yo había empezado esa pelea y estaba decidido a terminarla. El lobo me miraba con los ojos inyectados en sangre. Pero entonces hizo algo que me desconcertó. Se tendió en el piso, bocarriba, a mis pies, luego echó la cabeza hacia atrás y me ofreció su garganta.



—Ver para creer —exclamó Abue.

Yo no sabía qué hacer. Al fin y al cabo, solo soy un perro de ciudad, y era la primera vez que sentía en la boca la sangre de otro animal vivo.

Supongo que el lobo interpretó mis dudas como un perdón. Se levantó y, con la cabeza baja y la cola entre las patas, se alejó renqueante hacia el bosque, donde se perdió en la oscuridad.



lo lejos y se me erizaban todos los pelos del cuerpo.

Pasaron varios días con sus noches. Volvieron las lluvias y en el bosque todo parecía ir más despacio. De noche, el silencio era absoluto. Mi espera no podía durar mucho más.

Antes de verlo, lo olí. Era de noche y el lobo venía hacia mí. El viento soplaba en mi dirección y eso me favorecía. Yo podía olfatearlo sin que él se diera cuenta de mi presencia.

Me allané contra la tierra. El lobo pasó muy cerca y se dirigió colina abajo, hacia el corral. Esperé a que se alejara un poco más, me levanté y lo seguí.

La sangre corría por mi cuerpo y mis músculos estaban tensos.

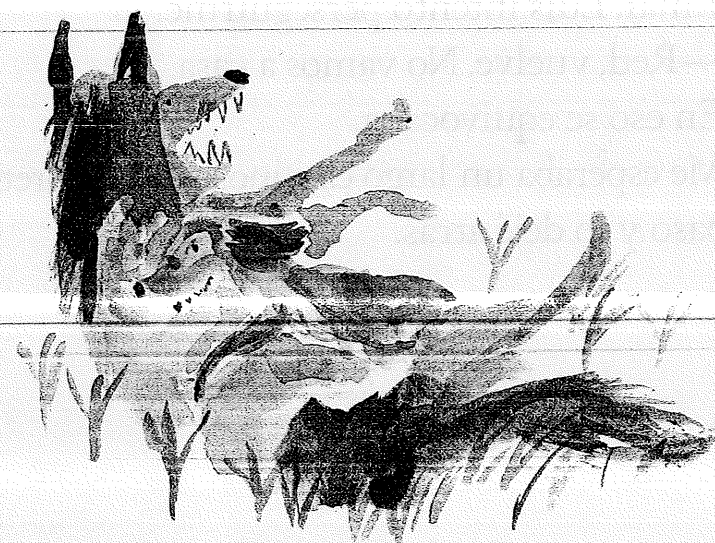
El lobo llegó a la parte trasera del corral. Con las patas delanteras empezó a escarbar la tierra bajo las tablas de madera. Muy pronto había cavado un agujero lo bastante grande como para colarse.

Las ovejas se agitaban nerviosas y las paredes de madera comenzaron a crujir. El lobo metió la cabeza en el agujero y, haciendo

fuerza con sus patas traseras, intentó deslizar el resto de su cuerpo. Era mi oportunidad. Crucé la distancia que nos separaba y salté sobre su lomo. Mis dientes se clavaron en su espinazo hasta que mi boca se llenó de sangre. Escuché un aullido aterrador. Apoyé todo el peso de mi cuerpo encima del animal y seguí mordiendo.

El lobo intentaba retroceder para enfrentarse con su atacante pero, aplastado contra el piso, no lograba liberar su cuello de la trampa en la que se había metido.

Los balidos de las ovejas se confundían con los aullidos del lobo. No tardé en escuchar la voz de Abue.



De noche, a menudo me despertaban las voces de Luis y de la mujer. Durante sus peleas, el nombre Red sonaba mucho.

Una mañana, muy temprano, Luis apareció en mi cuarto y me ordenó que saliera. Yo me extrañé, pues aún estaba amaneciendo, pero no iba a protestar si Luis quería pasear conmigo.

Llegamos a la calle y, en lugar de ir hacia el parque, me llevó al estacionamiento. Abrió la puerta trasera del carro y me dijo sin mirarme:

—Arriba.

Podía oler que Luis estaba nervioso.

—¡Obedece! —me gritó.

No lo dudé ni por un segundo y, en vez de subirme al carro, di media vuelta y empecé a caminar. Luis intentó perseguirme.

—Red, vuelve. No vamos a casa.

En eso se equivocaba.

Me esperaba un largo camino, así que apreté el paso y lo dejé atrás.

● LAS DEUDAS SE PAGAN



EN EL LINDERO DEL BOSQUE, agazapado entre los árboles, esperaba pacientemente mi oportunidad. Salgari me había enseñado esa táctica: dejar que el enemigo se confíe y entonces atacar por sorpresa.

Desde allí podía vigilar la casa y el corral. Veía a Abue con las ovejas, trabajando en el huerto, tendiendo la ropa... Abue, tan afanosa como siempre. Algunas veces, un cordero se despistaba y se acercaba a mi escondite. Abue venía a buscarlo sin darse cuenta de lo cerca que me tenía. Pero a quien no veía era a Estrella. Ni al lobo. De vez en cuando lo oía aullar a

—¿Y esto? —preguntó la mujer mirándome como si nunca hubiera visto un perro.

—Es..., bueno, es Red —le respondió Luis.

—Cuando nos hicimos novios te lo expliqué muy clarito: odio a los perros —dijo con muy malas pulgas mientras acariciaba al gato—. Y Mischa también.

—No sé qué hace aquí. —La voz de Luis empezaba a vacilar, como cuando se ponía muy nervioso—. Yo había solucionado el... *problema*.

—Ya lo veo. Pero, de momento, hay un apesadoso perro en mi casa, ensuciando la alfombra.



—*¡Un perro!* Yo no era un perro, era *su* perro. Y tenía tanto derecho como ella a estar en esa casa. Incluso más, porque yo había llegado antes.

—Pues aquí no se puede quedar. Tú verás lo que haces.

La mujer dio media vuelta y se alejó por el pasillo. Luis se arrodilló a mi lado y extendió su mano para acariciarme, aunque, en el último instante, la retiró.

—Buena la has hecho, Red...

Red. Ahora ese nombre me resultaba extraño, como si no fuera el mío. Casi lo había olvidado.

Dormí en el cuarto de trabajo de Luis. Allí pasé varios días. Encerrado entre esas cuatro paredes, me acordaba de mis correrías por la montaña, de las noches al aire libre, de Estrella viniendo hacia mí con un plato de comida.

Luis solo me sacaba un ratito por la mañana y otro por la tarde. Dábamos una vuelta y otra vez a casa. Pero ya no jugábamos como antes. Luis siempre estaba impaciente, y si yo tardaba un poco haciendo mis cosas, me regañaba.

Durante el trayecto solo me detenía para beber y comer lo que podía encontrar en la basura. Estar hambriento y cansado me impulsaba a seguir adelante. Cambié varias veces de carretera, crucé pueblos y ciudades. Para entonces tenía en mi cabeza una especie de brújula infalible. A medida que me acercaba a mi meta, iba cada vez más rápido. Andaba día y noche y nada podía detenerme.

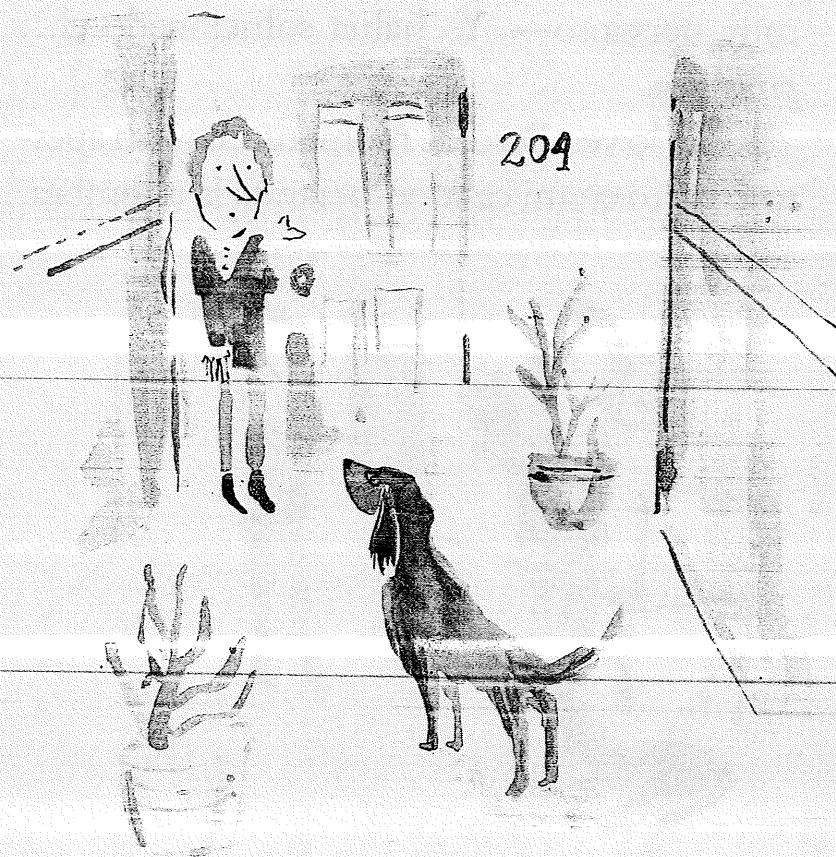
Debía de tener un aspecto deplorable cuando por fin pisé el portal de mi casa. Al principio, el conserje no me reconoció y estuvo a punto de botarme a patadas. Pero, ante mi insistencia, se detuvo a observarme mejor y, al cabo de unos segundos, lanzó un grito:

—¡Miren quién está aquí!

Él mismo me acompañó en el ascensor hasta el apartamento y llamó al timbre. Escuché pasos y supe que era Luis. Abrió la puerta y se quedó contemplándome con la boca muy abierta, sin decir nada. Yo estaba demasiado cansado como para ponerme a dar saltos de alegría. Me limité a lamerle la mano; entonces noté que llevaba un anillo en uno de sus dedos.

Entré en el apartamento, crucé el recibidor, llegué hasta el salón y me tumbé en la alfombra. Lo había conseguido.

Estaba a punto de dormirme cuando oí unos pasos que se acercaban. No eran de Luis. Levanté la cabeza y descubrí a una mujer joven con un gato en sus brazos. Un gato gris, muy peludo y completamente erizado.



Aquel gruñido me resultaba cien veces más amenazador que los rugidos de Salgari.

Alcancé la cumbre de la montaña y me adentré en el bosque. Escuché a lo lejos los balidos de las ovejas. No quería oír esos chillidos de pánico y dolor. El lobo había entrado en el corral y yo no había hecho nada para impedirselo. Estaba avergonzado y eso me impulsaba a correr todavía más rápido. Cuando más me necesitaba, le había fallado a la mujer que me salvó la vida. Yo no era más que un cobarde en plena huida.

● UN VIAJE DE VUELTA A NINGUNA PARTE



AL AMANECER encontré una carretera que cruzaba el bosque. La seguí. Esta vez sabía a dónde me dirigía y cómo llegar. Misteriosamente había desarrollado un instinto que me guiaba a ciegas. Un día Luis me había leído una noticia: "Perro perdido en unas inundaciones vuelve a su hogar después de recorrer más de 700 kilómetros". Y se burló de mí diciéndome que yo no sería capaz de encontrar la casa ni a 70 metros. Le demostraría que estaba equivocado.

No era un trabajo fácil. Al principio, las ovejas se me desmandaban y cada una se iba de paseo en una dirección distinta. Para juntarlas de nuevo, tenía que galopar de lo lindo. Así hasta que aprendí el oficio y ellas aprendieron a respetarme.

Ya no dormía en la casa, junto a la chimenea. Aunque lloviera o hiciera frío, pasaba las noches al aire libre, rondando alrededor del corral, siempre pendiente del lobo, y de mi miedo.

Estrella se preocupaba mucho por mí. Al amanecer, salía corriendo de la casa y me traía un buen plato de comida. Y ella, que apenas si sabía peinarse sola, me cepillaba el pelo con mucha paciencia.

Yo había enflaquecido, pero a cambio estaba más fuerte y ágil que nunca.

Pasaron varias semanas y el invierno terminó sin que volviéramos a recibir ninguna visita indeseable. En primavera, misteriosamente, el rebaño había crecido y ahora también tenía que ocuparme de unas cuantas ovejas en miniatura; Abue las

llamaba “corderos”. Menos mal que entendieron pronto quién era el jefe.

Durante la estación calurosa, pasar las noches al fresco era muy agradable. Demasiado. Una noche dormía tan profundamente que descuidé la vigilancia. De repente me despertó un olor inconfundible. Abrí los ojos y me topé con el aliento del lobo a unos centímetros de mi garganta. Podía ver sus dientes amenazadores, afilados como dagas, y el brillo de sus ojos. Aunque lo peor de todo era oír su gruñido salvaje. Reaccionamos al mismo tiempo. Se arrojó sobre mí mientras yo rodaba por tierra eludiendo su primer ataque. Me levanté de un brinco. Todavía estaba en el aire cuando sentí sus colmillos a través de mi pelo, buscando hincarse en la piel del lomo. No llegaron a mordirme, solo me rozaron. Aterricé y eché a correr colina arriba. El pánico me dominaba y lo único que quería era alejarme lo más posible de aquellas dos hileras de dientes.

El lobo, en vez de perseguirme, se quedó junto al corral. Yo seguí a todo galope.

Abrió la escopeta con un chasquido y saltaron dos cartuchos humeantes. La cargó de nuevo y se puso en movimiento. Rodeó el establo y empezó a ascender por la falda de la montaña. Yo la seguí. Aterrorizado y todo, iba tras ella.

¿Cómo podía hacer tanto daño un perro?

—¡Malditos lobos!

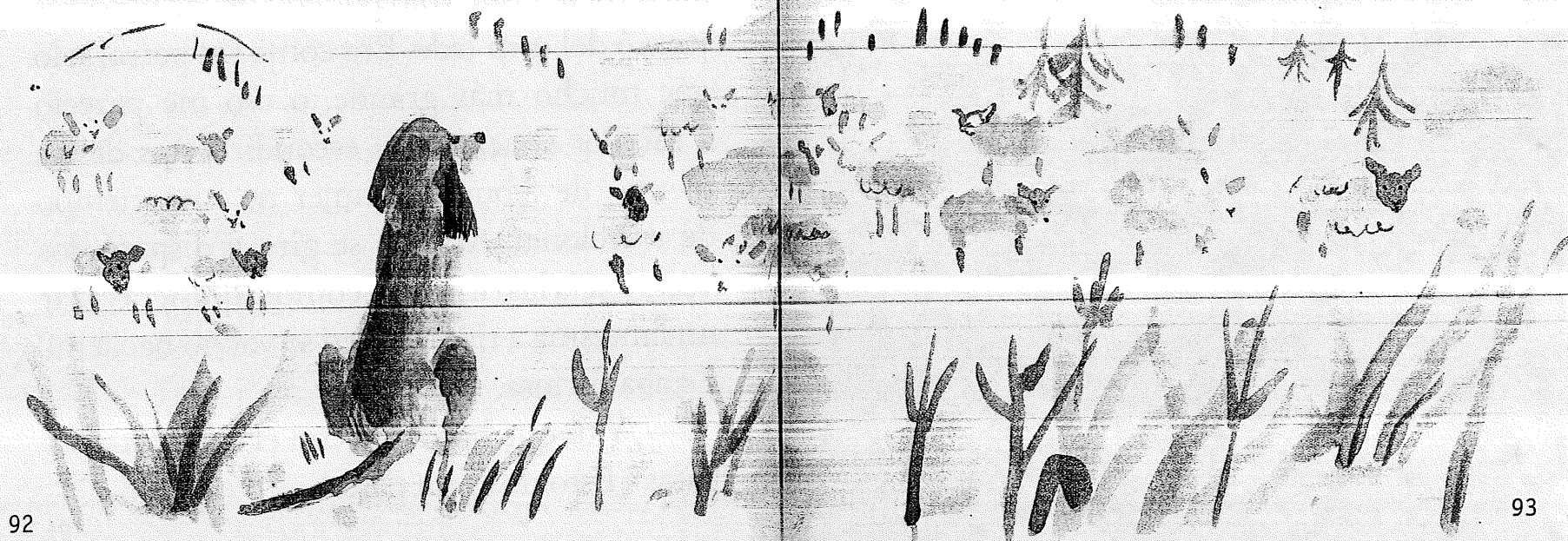
Ah, de modo que no era un perro. Desde luego, no olía como un perro. Pronto di con su rastro. Lo seguimos hasta el lindero del bosque. Allí, Abue se detuvo.

—Es inútil. Nunca lo encontraremos. Volvamos. Estrella debe estar muy angustiada.

Las ovejas que podían caminar habían abandonado el corral. La anciana estuvo curando a las heridas hasta el amanecer.

—Ese lobo nos va a quitar lo poco que tenemos —decía, hablando sola—. Si no acabo pronto con él, él acabará con nosotras.

A partir de esa noche nuestra vida cambió. Abue me enseñó a ser un perro guardián de ovejas. Durante el día estaba con ellas, en la montaña. Mi labor era impedir que se acercaran demasiado al bosque. Y cuando Abue me silbaba, debía reunir las y obligarlas a bajar al establo. Todo a fuerza de ladridos y carreras.





Abue agarró una linterna, salimos de la casa y cerramos la puerta. Estrella nos llamó angustiada, pero nosotros ya íbamos hacia el corral. Allí seguían los chillidos, y también unos extraños gruñidos que yo no había oído nunca. En la oscuridad flotaba un olor pegajoso.

Abue empujó la puerta de golpe e iluminó el corral con la linterna. La visión era terrorífica. El haz de luz se paseó entre los cuerpos ensangrentados de varias ovejas muertas o heridas.

—Maldito animal —murmuró Abue al tiempo que levantaba la escopeta.

De pronto, algo salió de entre las ovejas, una masa oscura que voló por encima de nosotros y cayó del otro lado. Era como un perro, solo que mucho más grande, o eso me pareció a mí. Por si acaso, me escondí detrás de las piernas de Abue. La mujer no tuvo tiempo de reaccionar. Aun así se giró y disparó dos veces hacia las tinieblas, como si quisiera cazar un fantasma a tiros. Luego se volvió hacia mí. Estaba furiosa.

—¿Y tú qué haces ahí con el rabo entre las patas? Esto no es un paseo.

tenía que avanzar despacio. Más adelante se atrevió a soltarse y caminábamos juntos. A veces la impaciencia me dominaba y echaba a correr. Ella intentaba seguirme y se caía de bruces. Sin embargo, volvía a levantarse una y otra vez, hasta que fue capaz de correr.

También aprendió a comer y a vestirse sola. Después de cenar, Abue se sentaba con ella y cada día le enseñaba unas palabras. Aunque le costaba repetirlas, nosotros la entendíamos.

LA VISITA DE UN PARIENTE LEJANO



UNA NOCHE NOS DESPERTAMOS asustados. Del corral nos llegaban unos espantosos chillidos. Algo les pasaba a las ovejas.

—¡Es él! ¡Ese maldito lobo! —exclamó Abue saltando de la cama—. Esta vez no se me escapa.

Abrió un armario, sacó una escopeta y la cargó con dos cartuchos.

—¡Fego, ven conmigo! —me ordenó.

Estrella ya estaba de pie.

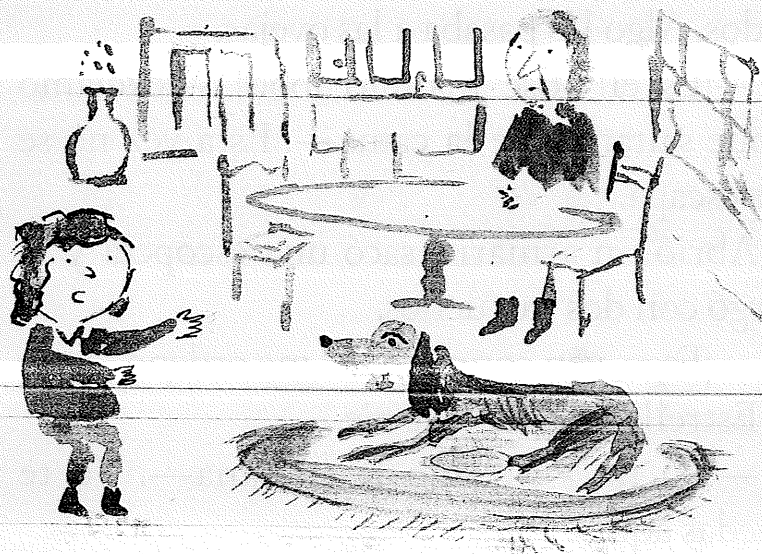
—Tú no —le dijo la anciana—. Tú te quedas aquí.

Estrella nunca quería venir conmigo. Se quedaba sentada junto a la puerta, mirándome en silencio y balanceando los pies. Aunque no me tenía miedo. A veces le lamía su carita redonda.

Una noche yo estaba como siempre, tumbado delante de la chimenea. Estrella había terminado de comer y Abue estaba recogiendo los platos. Entonces la niña hizo algo insólito. Levantó un dedo, señaló en mi dirección y dijo con gran esfuerzo:

—Fe-go.

Abue la miró tan sorprendida como yo.



—¿Qué has dicho, Estrella?

—Fego —repitió más segura.

Abue se volvió hacia mí. En la chimenea, a mi espalda, ardía un buen fuego de leña y las llamas se reflejaban en mi pelaje rojizo.

—¡Claro! —exclamó Abue—. El perro tiene el color de la candela. ¿No es cierto, Estrella?

La niña asintió lentamente con la cabeza. Abue me dijo muy contenta:

—Y a mí que me gustaba Lázaro, como el resucitado... Pero Fuego es mejor.

—¡FEGO! —insistió la niña.

—Como quieras, mi amor.

Y luego me anunció sonriendo:

—Estrella te ha bautizado.

¿Fuego? ¿Fego? ¿Qué más daba! Últimamente me habían llamado de tantas formas que una más no importaba.

Además, aquel momento fue el principio de algo.

Poco a poco, Estrella empezó a moverse más. Apoyaba sus manos en mi cuello cerrando sus deditos sobre mi pelo. Con ella a mi lado,

perro para jugar. Pero ella no parecía una niña como las demás.

Volví a sentirme débil y me eché a sus pies.

Así pasamos varias horas, descansando al sol.

Al anochecer, entramos en la casa. Era pequeña y tenía pocos muebles. En una de las paredes había una chimenea.

La mujer me sirvió mi comida en un cuenco de madera; no sé lo que me dio, pero estaba muy sabroso.

En toda la noche, Estrella no repitió más que una palabra: *Abue*. Así era como llamaba a la mujer. Tampoco sabía comer sola, a pesar de que era mucho más alta que yo. Abue tuvo que darle la cena cucharada a cucharada.

Después de lavar los platos, la mujer encendió un buen fuego. Ella y la niña se acostaron en la misma cama. Yo me tendí delante de la chimenea y me dormí al calor de las llamas.

A los pocos días, la mujer me quitó las vendas. Mis heridas habían sanado y pude volver a correr como antes. Y allí me sobraba espacio para hacerlo. Tenía toda una montaña para brincar y sentir el viento silbándome en los oídos.



establo. Vino hacia mí con la mano en alto y me habló enfadada:

—No asustes a las ovejas.

Pensé que iba a pegarme, pero no, en lugar de eso, su mano palpó mis heridas con cuidado.

—Nos has tenido muy preocupadas. Por poco no lo cuentas.

La mujer tenía todo el pelo blanco y sus manos estaban muy arrugadas. Al tacto reconocí aquellas manos ásperas: eran las que me habían limpiado las heridas y las que me acariciaban mientras dormía.

A pesar de ser una anciana, la mujer se movía con mucha agilidad y sus gestos eran enérgicos.

—Sígueme, Lázaro —me dijo—. Un poco de sol te hará bien.



¡Lázaro! Fui tras ella. Mis pasos todavía eran vacilantes y caminaba con dificultad. Al salir del establo descubrí ante mis ojos una montaña que rodeaba completamente el pequeño valle donde nos encontrábamos. Las ovejas se habían desperdigado por la ladera y comían mansamente la hierba. Más arriba, un bosque coronaba la montaña.

Cerca del establo había una casa de piedra. La mujer se dirigió hacia allá. Junto a la puerta, sentada en un taburete, vi a una niña. Tenía la cara muy redonda y sus ojos eran como dos rendijas. Sus piernas no dejaban de balancearse rozando el piso con los pies.

—Estrella, mira quién está aquí —le dijo la anciana señalándome—. Es Lázaro.

La niña no hizo nada, y tampoco habló. Se limitaba a mirarme fijamente.

—Ahora se van a quedar aquí los dos. Yo tengo mucho que hacer.

La mujer entró en la casa. La niña seguía sin levantarse del taburete. A mí me extrañó porque los niños siempre están corriendo y dando saltos, sobre todo cuando tienen un

Aun así, yo seguí corriendo, por miedo y desesperación. Ni siquiera me di cuenta de que había salido de la ciudad y estaba en campo abierto. La sangre brotaba de las heridas empapando mi pelo. Cada vez que apoyaba la pata trasera en el piso, el dolor me atravesaba.

No sé cuándo me desplomé sin sentido.

● UNO O DOS MILAGROS

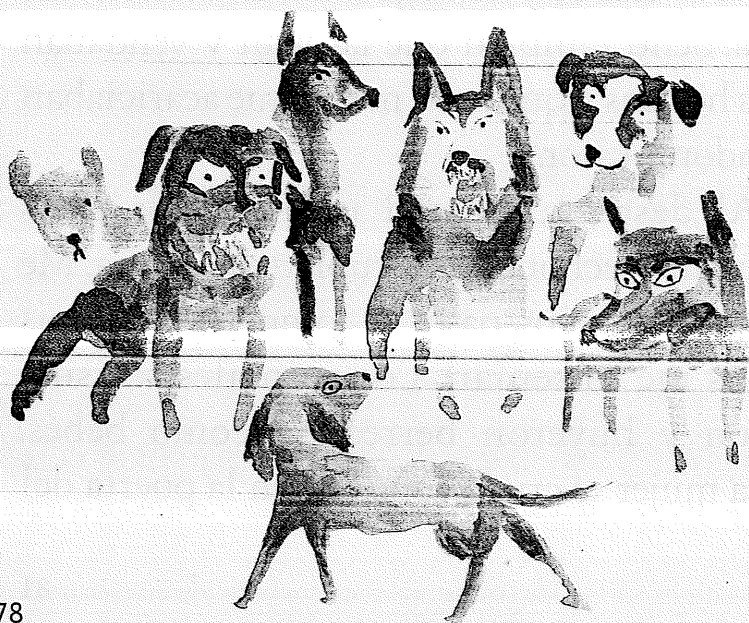


PASÉ VARIOS DÍAS INCONSCIENTE. Durante ese tiempo, como en sueños, percibí que alguien me recogió en el campo, me llevó a un sitio oscuro y me dejó sobre un montón de paja. Sentí también que lavaban y vendaban mis heridas y que unas manos me acariciaban dándome calor.

Al despertar me vi rodeado por unos animales rechonchos y cubiertos de lana. Me levanté, di unos pasos y comprobé que mis patas me sostenían. Los animales se asustaron y huyeron berreando como bebés. Una mujer se cruzó con ellos en la puerta del

Esta vez había dado con un tesoro. Me hallaba muy concentrado devorando unos huesos cuando escuché un gruñido a mi espalda. Me volví de un salto. Estaba rodeado por varios perros, muchos perros. Los había de todos los tamaños y colores. Y todos me miraban como a un extraño que se ha atrevido a invadir una propiedad privada.

El jefe se parecía bastante a un pastor alemán, aunque su pelo era demasiado largo. Y estaba cubierto de cicatrices. Bueno, lo cierto es que era muy feo. A los demás no tuve tiempo de detallarlos bien: el líder saltó sobre mí y los otros lo siguieron perfectamente sincronizados.



El alemán se arrojó a mi cuello y pude esquivar el mordisco, aunque no logré evitar que dos pequeñitos me clavaran sus afilados dientes en el costado y en una de mis patas traseras. Me revolví para morderlos, pero no conseguí librarme de ellos.

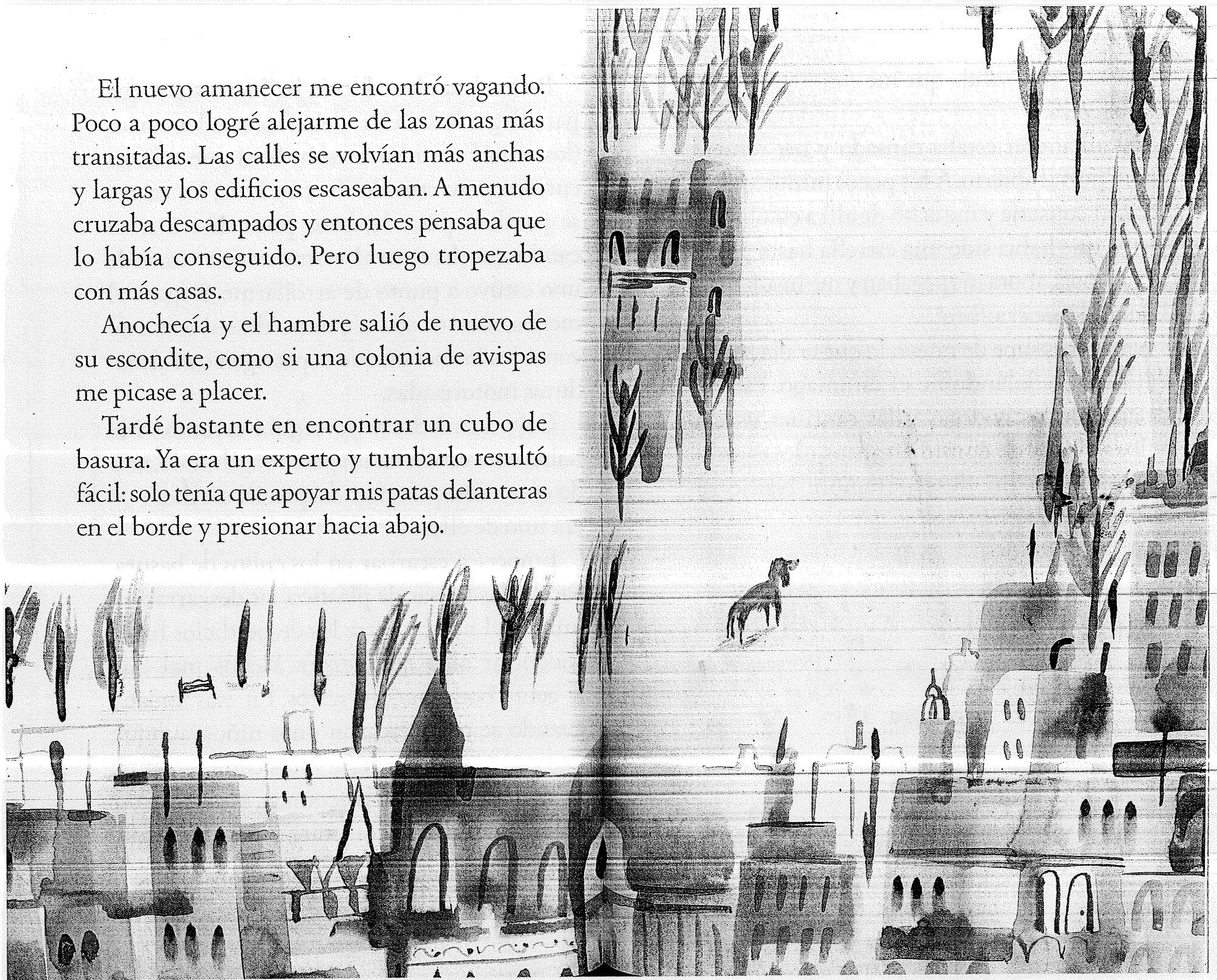
El jefe repitió el ataque. Yo estaba casi inmovilizado entre los dos enanos, solo que mis reflejos habían mejorado mucho gracias a Salgari. Eludí los dientes del alemán y salté hacia delante con todas mis fuerzas. Sentí un desgarrón en mi pata y otro en el costado, pero al menos logré librarme de esas tres fieras. Me abrí paso entre la jauría mordiendo todo lo que encontraba y sin pensar en el dolor. Si dejaba que me tumbasen, adiós.

Corrí por el medio de la calle, entre los carros, y una camioneta por poco me aplasta. Sin embargo, esa muerte ya no me parecía tan mala. La jauría no estaba tan ofuscada como yo y no se atrevieron a seguirme. Además, ya me habían enseñado de quién era ese territorio.

El nuevo amanecer me encontró vagando. Poco a poco logré alejarme de las zonas más transitadas. Las calles se volvían más anchas y largas y los edificios escaseaban. A menudo cruzaba descampados y entonces pensaba que lo había conseguido. Pero luego tropezaba con más casas.

Anocheceía y el hambre salió de nuevo de su escondite, como si una colonia de avispas me picase a placer.

Tardé bastante en encontrar un cubo de basura. Ya era un experto y tumbarlo resultó fácil: solo tenía que apoyar mis patas delanteras en el borde y presionar hacia abajo.



encontrar una salida que me condujese hacia la carretera.

Al amanecer estaba cansado y me refugié en un portal abierto. A los pocos minutos apareció el conserje y me echó de allí a escobazos. ¡A mí, que había sido una estrella hasta pocas horas antes, ahora me pegaban y me insultaban llamándome criollito!

Entonces supe de nuevo lo que era la mano del hambre jalándome el estómago. Pasaba delante de las bodegas y las cantinas y veía kilos y kilos de comida; tantos olores solo aumentaban mi desesperación. Nadie se molestó en darme algo.



Para calmar la sed tenía las fuentes, aunque para llegar hasta ellas debía sortear los carros (los semáforos nunca están bien puestos). Es curioso, pero cuando iba con Luis, los carros se paraban para dejarnos pasar. Ese día, en cambio, aceleraban al verme cruzar y más de uno estuvo a punto de arrollarme. Salgari, al menos, me atacaba a cuerpo descubierto, no como los humanos, que se protegen con armaduras motorizadas.

Cayó la noche y yo seguía errando. Me había convertido en un perro vagabundo, uno de esos a los que antes despreciaba. Ahora yo era uno de ellos.

Empecé a escarbar en los cubos de basura. Sacaba las bolsas de plástico, las desgarraba y hundía el hocico entre los desperdicios hasta encontrar algo que comer. Menos mal que la gente bota muchos restos. En esas andaba cuando se me acercaron unos niños, aunque estos no querían hacerse fotos conmigo: buscaban lo mismo que yo, comida. Me arrojaron un par de piedras con muy buena puntería. Salí huyendo.

—Hoy he tenido una noche especial. He demostrado que valgo tanto como cualquiera. Y todo gracias a ti.

¡Pero si *él* me había salvado a *mí*!

—Que tengas mucha suerte, Irlandés.

No quería dejar a Pulgarcito pero, al mismo tiempo, quería volver con Luis.

—Ya sé que tú también me echarás de menos —me dijo abrazándome por última vez—. Pero debes irte. Es por tu bien. ¡Vete de una vez!

A pesar de su grito, no me asusté. Su cara estaba más arrugada que nunca. Me alejé unos pasos. Frente a mí tenía una calle oscura y desierta. Volví la cabeza. Pulgarcito ya no estaba.

● LA PANDILLA SALVAJE



FUE UNA NOCHE muy larga.

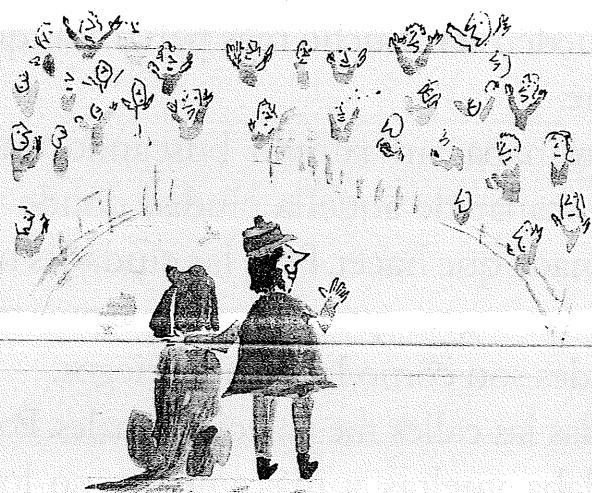
De nuevo me encontraba perdido, solo que: ahora en una ciudad desconocida. Pronto descubrí que, para un perro sin amo, las calles pueden ser mucho más peligrosas que un bosque.

Caminaba sin rumbo buscando una vía para escapar de aquella ciudad donde ya no tenía nada que hacer. Pero las ciudades no son como las casas, que tienen una puerta. Las ciudades son como laberintos ciegos.

Todas las calles me parecían iguales. Por más que daba vueltas y más vueltas, no lograba

Pulgarcito no dejaba de agitar el taburete ante las mismas fauces de Salgari, que retrocedía para esquivar las puntas de las patas. Solo que los tres primos de Salgari todavía andaban por allí y, aprovechando la confusión, se arremolinaron en torno a Pulgarcito, al que casi perdí de vista entre tantos abrigos de piel en movimiento.

Entonces, sobre el griterío de la multitud, se escuchó el chasquido del látigo. Una, dos, tres veces. Aníbal, el Africano, ya estaba en pie: sangrando, cubierto de aserrín, pero en pie. ¡Y aún más furioso que el propio Salgari!



El taburete de Pulgarcito y el látigo del domador eran demasiados obstáculos para las bestias. Salgari se alejó seguido por los otros y desaparecieron por el túnel.

El público aclamaba a Pulgarcito. Aníbal lo tomó en sus brazos y lo alzó en el aire para que todos pudieran verlo bien. Pulgarcito sonreía tímidamente.

Esa noche, cuando el circo por fin recobró la calma y todos dormían, salimos los dos a dar un paseo. Pulgarcito me llevó a recorrer las calles de la ciudad y, para mi sorpresa, me quitó la correa.

—Esta vida no es para ti, Irlandés —me dijo—. Sé que andas como yo, buscando a alguien. Sigue tu camino.

Y me dio una palmada en el lomo.

—Vete.

Yo entendía vagamente que me estaba dejando libre, pero no estaba muy seguro de querer esa libertad.

—Si te quedas aquí, tarde o temprano los tigres te matarán. Y no quiero que eso ocurra.

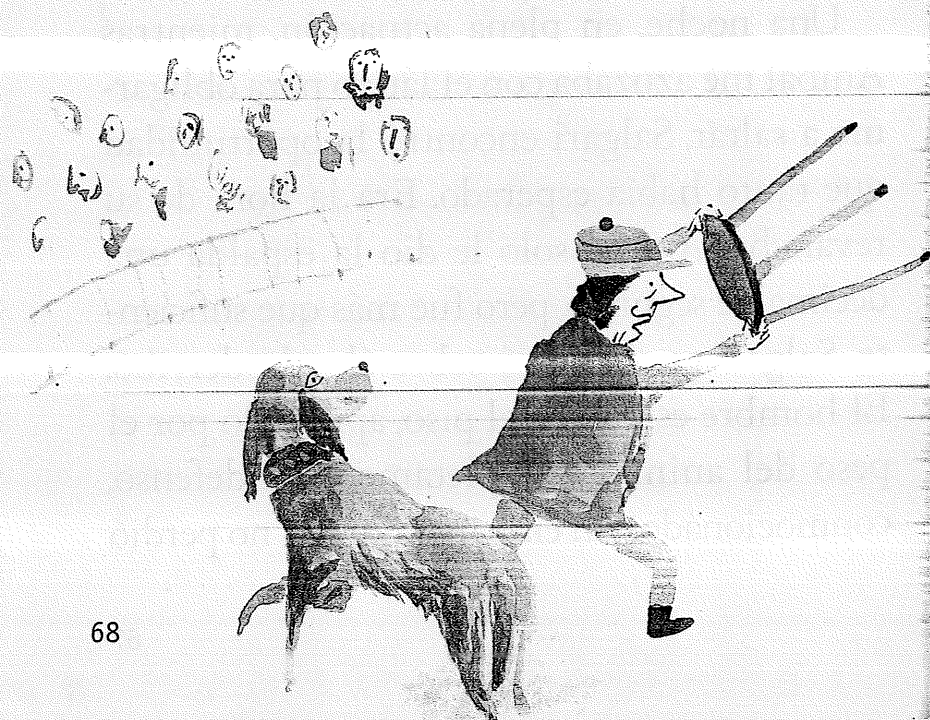
Pulgarcito temblaba, hasta su voz temblaba.

el tiempo con él: yo era su presa. Lentamente avanzó hacia mí. ¡Cómo disfrutaba el tigre de ese momento! Retrocedí hasta encontrarme con los barrotes. No tenía escapatoria. El público era un solo grito.

Salgari se disponía a saltar sobre mí cuando, de repente, surgió un taburete entre nosotros. Pulgarcito lo sostenía con sus dos manos.

—Tranquilo, Irlandés.

Al principio, el tigre estaba más bien sorprendido. Parecía no entender qué hacía ese hombrecito delante de él, sujetando un taburete con sus temblorosas manos. Luego se



enfureció con el intruso que se atrevía a interponerse entre él y su odiado enemigo. Golpeó las patas del taburete con su zarpa y Pulgarcito estuvo a punto de rodar por el piso. Pero, aun así, pudo recuperar el equilibrio sin dar ni un paso atrás.

—¡Yo también soy un hombre! —le gritaba al felino—. ¡Ven por mí si te atreves!



Sin embargo, al cabo de unos meses, empecé a cansarme de esa vida. Los aplausos ya no me llenaban como antes. Echaba de menos la tranquilidad de mi casa y, desde luego, extrañaba a Luis. Nunca había perdido la esperanza de encontrarlo, o de que él me encontrara a mí. Tal vez, un día cualquiera, vendría al circo y se llevaría la sorpresa del siglo al descubrir que yo era la estrella del espectáculo. Entonces podríamos reanudar nuestra vida juntos.

Durante uno de esos desplazamientos llegamos a una ciudad que me resultaba familiar. Yo iba sentado en el carro, al lado de Aníbal. A través de la ventanilla cerrada descubrí el parque por el que siempre paseaba con Luis. Empecé a agitarme y a ladrar. La idea de estar tan cerca de mi casa y no poder bajarme del carro me puso frenético. Aníbal no hacía más que gritarme que me callara, pero yo seguía ladrando y arañando el cristal de la ventanilla y el cuero de la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Te volviste loco?

Tenía que salir de allí.

Aníbal se cansó y me noqueó con un puñetazo en la cabeza.

Cuando desperté, me encontraba junto a Pulgarcito y muy lejos de Luis.

Después de eso yo siempre estaba de mal humor. Le gruñía a cualquiera que se me acercaba demasiado, incluidos los niños. Durante las funciones, Aníbal tenía que emplear a fondo su látigo para que lo obedeciera. Me hacía daño, pero no me importaba. Hasta le perdí el miedo a Salgari. La única compañía que soportaba era la de Pulgarcito. Creo que él era tan infeliz como yo, aunque por otras razones.

Una noche, en plena actuación, mientras Aníbal me azuzaba con el látigo para obligarme a saltar, Salgari encontró la oportunidad que tanto había esperado. Era la hora de su revancha. Aníbal solo le dio la espalda una décima de segundo, pero fue más que suficiente. Salgari se abalanzó sobre él y lo derribó. El hombre estaba en el piso, aplastado por el peso del animal, completamente indefenso, conmocionado. Sin embargo, Salgari no perdió

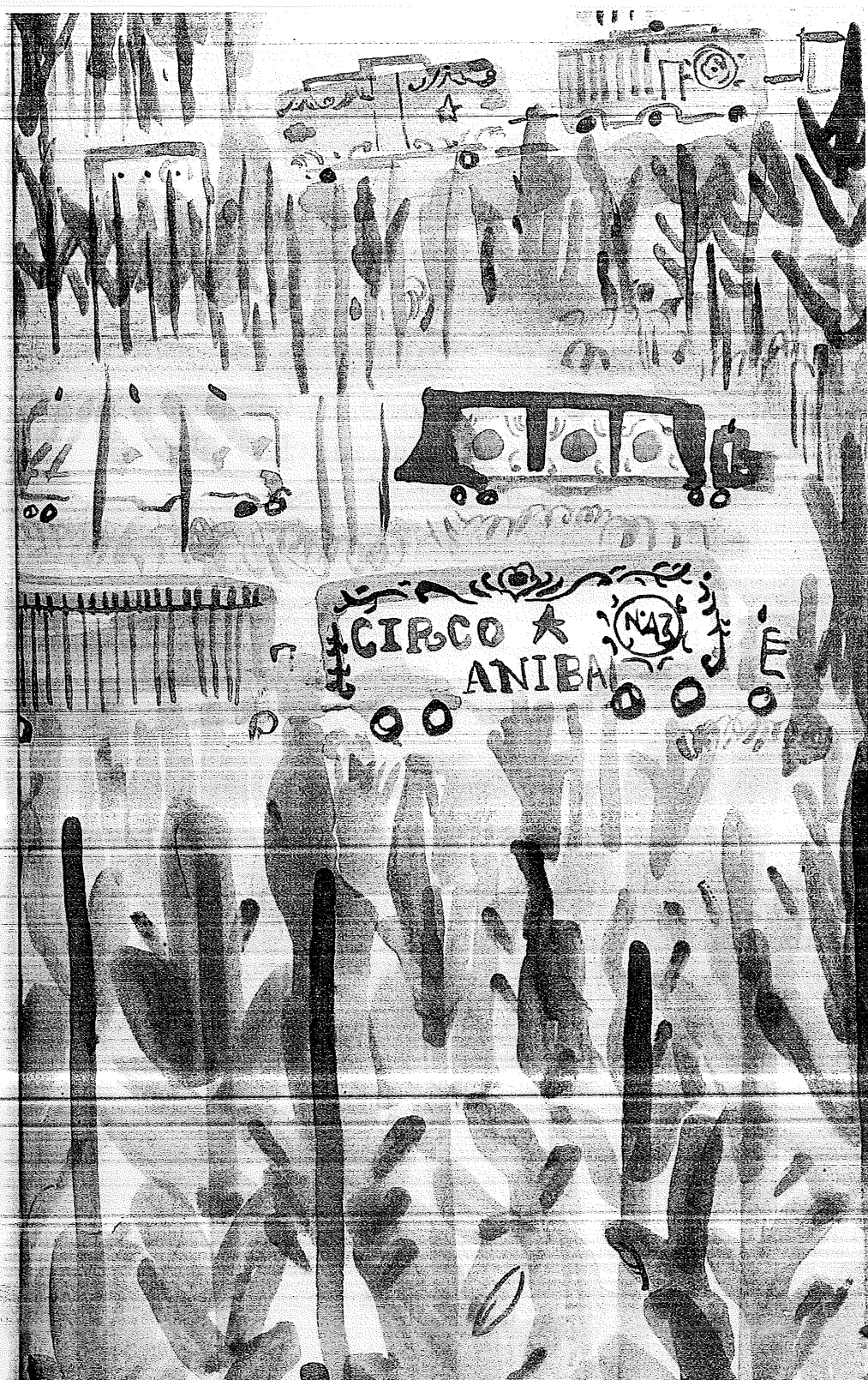
Por si acaso, yo también tomaba mis precauciones. Salgari era muy listo. Observé que durante tres o cuatro días se portaba bien en la pista. Después, cuando creía que yo había relajado la vigilancia, ¡zas!, me disparaba un zarpazo en el momento menos pensado. Solo que yo nunca me relajaba... por la cuenta que me traía. Mantenía la guardia en alto hasta que los tigres abandonaban la pista al finalizar el número. Entonces sí, al recibir los aplausos del público, se me olvidaban mis problemas y podía descansar.

Pasaron varias semanas. Un día, al terminar la función, recogieron las sillas y desmontaron la carpa entre todos. Pulgarcito me explicó lo que ocurría:

—Nos vamos con la música a otra parte, Irlandés. Así es la vida en el circo.

¡Por eso las casas y las jaulas tenían ruedas!

Íbamos de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo. En algunos sitios nos quedábamos bastante tiempo, pero al final siempre alzábamos el vuelo. En lo único que se parecían todos los lugares que visitábamos era en un detalle: yo les encantaba.



batir sus palmas. Conocían uno de mis nombres y todos gritaban: ¡*Thor, Thor, Thor!*

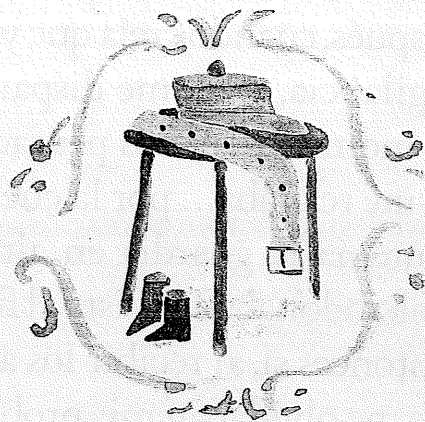
Admito que disfruté mucho de ese momento. Estaba de lo más orgulloso de mí mismo y tan contento que no quería abandonar la pista. Aníbal casi me sacó a rastras.

Pulgarcito fue el primero en felicitarme. Después se me acercaron muchos niños. Todos querían tocarme.

—El público te adora —me dijo el hombrecito—. ¡Has triunfado!

De pronto me había convertido en la estrella del circo.

● UN HÉROE INESPERADO



SER FAMOSO TIENE sus ventajas. La gente te trata bien y todos quieren ser amigos tuyos. Por la calle me señalaban con la mano y los niños siempre querían fotografiarse conmigo. Aníbal los dejaba a cambio de cobrarles a sus papás.

—Thor vale su peso en oro —le decía a Pulgarcito—. ¡Y a ti que no te gustaba mi idea!

—Sigue sin gustarme, Aníbal. Ten mucho cuidado.

—Bobadas. Lo tengo todo bajo control.

un redoble de tambores, unas trompetas y una voz estruendosa anunciando al *Gran Aníbal, el Africano*. Él apretó el paso y entramos corriendo.

Me encontré rodeado por una multitud. Nunca había visto a tantas personas juntas. Y todas aplaudían al mismo tiempo. Aníbal, por su parte, levantaba los brazos saludando. Luego se metió en la pista enrejada y yo me quedé afuera, al cuidado de Pulgarcito.

Los tigres aparecieron y se escuchó un *johhhh!* de admiración y espanto.

—Al público le encanta pasar angustias — me dijo Pulgarcito—. Por eso vienen al circo.

Debía de ser cierto porque muchos niños se tapaban los ojos para no ver lo que ocurría en la pista.

Por fin llegó mi turno. Pulgarcito me abrió la puerta y entré. Ver a un perro entre los tigres sorprendió al público porque, súbitamente, se hizo un gran silencio bajo la carpa. Un silencio solo quebrado por la voz de una niña asustada diciendo:

—¡Mami, mami, se lo van a comer!

A Salgari y compañía no les faltaban ganas de darle la razón. Ese día estaban más excitados que de costumbre, así que tuve que recurrir a toda mi sangre fría para enfrentarme a ellos.

El número transcurrió bien hasta el último salto, el más arriesgado. Salgari levantó la cabeza justo cuando estaba pasando sobre él. Todo fue muy rápido. El público chilló y yo, que siempre lo vigilaba con el rabillo del ojo, agité mis patas traseras. Mis pezuñas se clavaron en su hocico. Eso no le gustó nada. Intentó perseguirme, pero el látigo de Aníbal se interpuso entre los dos.

Salgari retrocedió sin apartar sus ojos de mí. Creo que su vanidad estaba más herida que su hocico. Lo había dejado en ridículo delante de una multitud. Era una ofensa que no se le olvidaría. Esta vez yo había ganado, pero los dos sabíamos que teníamos un asunto pendiente.

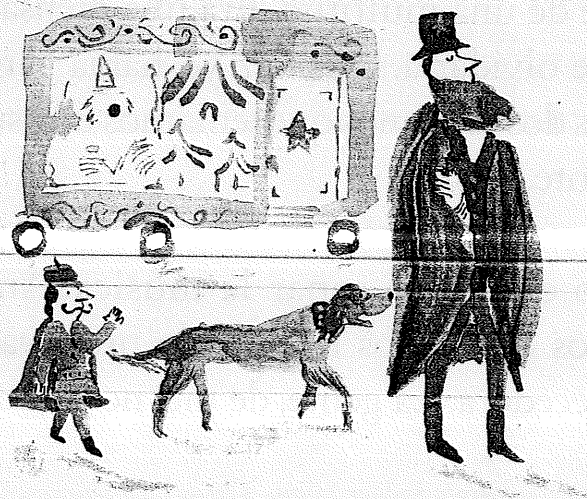
Los cuatro tigres abandonaron la pista cuando empezó a sonar la música. Aníbal y yo nos quedamos recibiendo una ovación ensordecedora. La gente, de pie, no dejaba de

revuelven en el aire. Los perros no sabemos hacer nada parecido. Me encontraba indefenso, sin poder reaccionar, con mi vientre al alcance de sus garras y colmillos.

Salgari ocupaba el último lugar del pelotón. Al caer del otro lado, sentí que mi cola golpeaba su lomo. Me alejé de allí sin darle tiempo a protestar. Aníbal me felicitó efusivamente y tuve derecho a una galleta que sacó de su bolsillo.

—Mañana es el gran día, Thor —me dijo—. Tienes que estar tranquilo y no dejar que el público te ponga nervioso.

Yo ignoraba qué era eso del *público*, pero ya tenía a los tigres para ponerme nervioso. Nada podía ser peor que eso.



Al día siguiente, el circo se despertó más temprano que de costumbre. Había mucha animación y todos corrían de un lado para otro dando gritos.

Se formaron grandes colas a la entrada del circo con gente que llegaba de todas partes. Aquella mañana no tuve entrenamiento y eso me alegró. Un día sin los tigres era una novedad para mí.

A media tarde, Pulgarcito me dio un baño. Luego me secó bien y pasó un largo rato cepillándome el pelo hasta dejarlo brillante y sedoso.

—Es el día de tu debut, Irlandés. Tienes que estar hermoso.

¡*Debut!* Era la primera vez que oía esa palabra y todavía no sabía lo que significaba. No tardé mucho en aprenderlo.

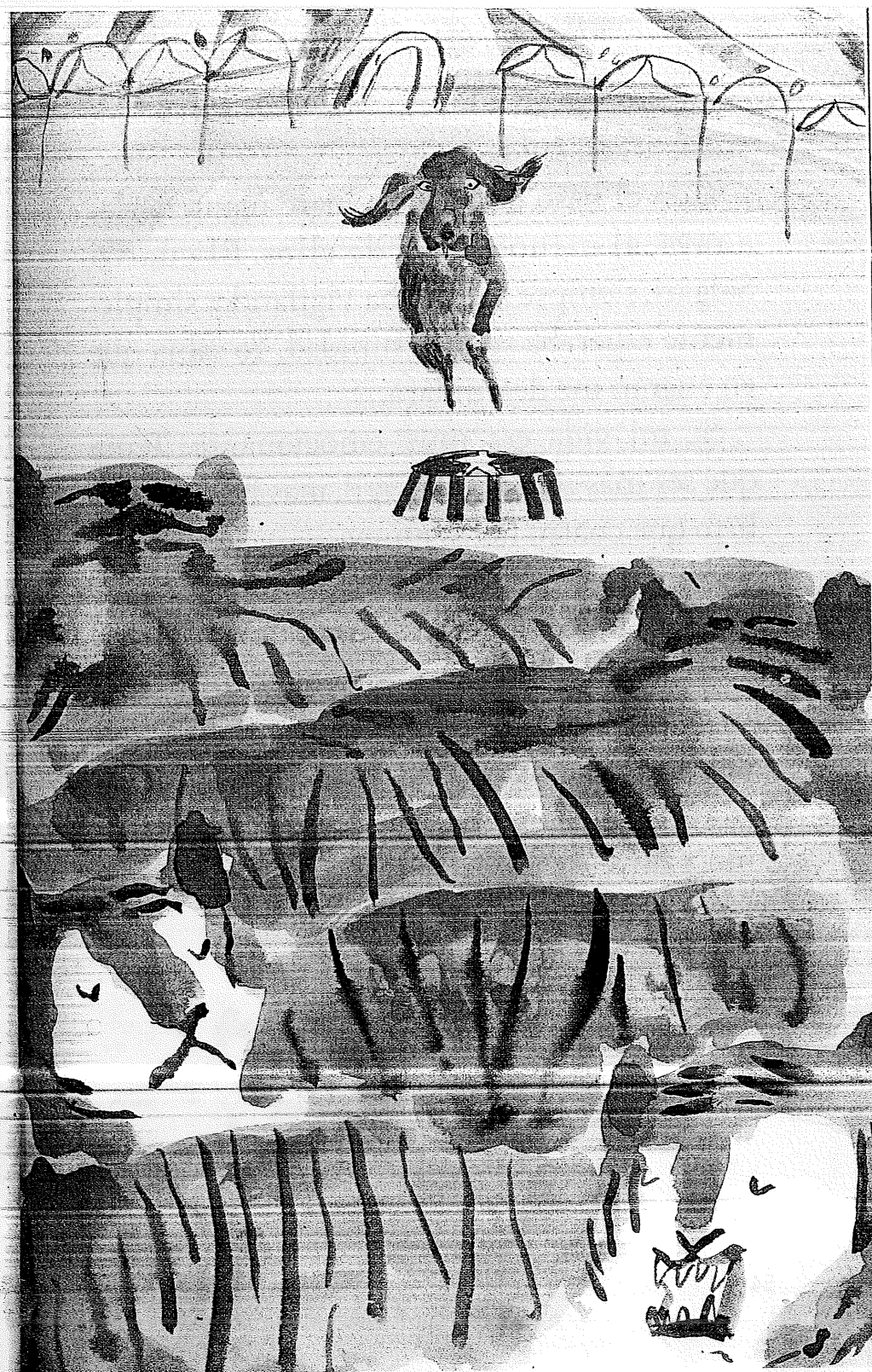
Aníbal vino a buscarme a casa de Pulgarcito. Vestía unas mallas que nunca le había visto, unas botas relucientes y una capa sobre los hombros. Me puso un collar de cuero con incrustaciones doradas y nos dirigimos hacia la carpa. Mientras nos acercábamos, escuché

había entrenado bien. Fortaleció mis músculos con mucho ejercicio y buena alimentación. Aprendí a saltar más alto y más lejos de lo que nunca me creí capaz. Sin embargo, una cosa era saltar vallas de madera y otra muy distinta, unos tigres.

La primera vez que salté por encima de los cuatro juntos, Aníbal tuvo que persuadirme con su látigo. Era muy hábil: aunque el instrumento de tortura medía varios metros, solo te tocaba con la punta. Más que suficiente. Sentías un pinchazo, como si te estuvieran clavando una aguja muy larga y muy fina.

De modo que allí los tenía a los cuatro, orondos, impacientes, esperando a que me decidiera de una vez. Tomé carrerilla, llegué muy cerca del primero y me agaché ligeramente para flexionar mejor mis patas. Más que saltar, creo que emprendí un fantástico vuelo impulsado por el miedo.

Los instantes que pasé en vilo sobre aquellas fieras palpitantes se me hicieron muy largos. Sabía que mientras estaba suspendido era una presa fácil. He visto cómo los gatos se

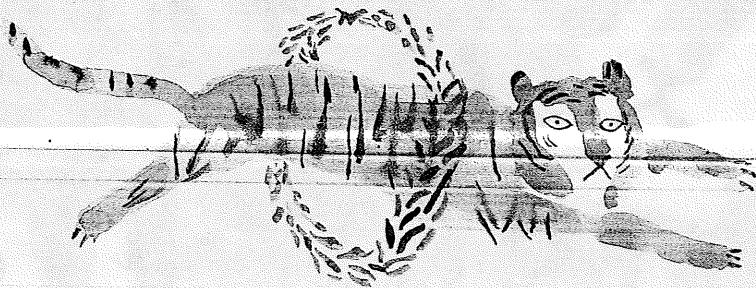


cuando están en silencio: entonces sí hay que andarse con cuidado.

Con el paso de los días logré mantenerlos a raya, al menos a tres de ellos. El cuarto, Salgari, siempre me estaba vigilando: simplemente esperaba su oportunidad. Yo sabía que en cuanto me descuidara...

Sí, mi vida era muy emocionante. Tenía que ser más rápido, más ágil, más feroz y más listo que cuatro fieras juntas.

Aníbal preparaba su nuevo número a conciencia. Todos los días ensayábamos varias horas. Primero estaba él solo en la pista con los cuatro tigres. Cada uno tenía asignado un taburete gigante. Aníbal hacía que las fieras subieran y bajarán de los asientos, saltaran de uno a otro, atravesaran aros de fuego y otras ridiculeces parecidas.



Después, yo entraba en acción. Mi papel consistía en trotar por la pista y saltar unas vallas, solo que las vallas estaban hechas de piel, músculos, garras y colmillos tan largos como sables.

Aníbal disponía a los tigres en cuatro puntos alrededor de la jaula, todos separados por la misma distancia. Debían estar erguidos y sin moverse, mirando hacia el centro de la pista. Entonces yo echaba a correr y saltaba por encima del primero, devoraba el trecho que me separaba del segundo, me impulsaba y ¡arriba! Así uno tras otro y vuelta a empezar.

Pero el numerito no terminaba ahí, eso hubiera sido demasiado fácil..., según Aníbal, claro. Luego agrupaba los tigres de dos en dos. También tenía que saltarlos así. Y, por último, los ponía a los cuatro juntos, lomo con lomo.

Cuando veía la muralla de carne que se alzaba delante de mí, un escalofrío me recorría el espinazo. Si saltar por encima de un tigre me resultaba difícil, hacerlo sobre cuatro era superior a mis fuerzas. Pero el látigo estaba ahí para recordarme mi deber. Y Aníbal me

abajo delante de sus hocicos. Semejante provocación no les hizo ninguna gracia, pero cada vez que uno intentaba moverse, la punta del látigo le pasaba muy cerca de las orejas.

Ellos me miraban como se mira a un sabroso churrasco crudo. De sus fauces chorreaban hilos de baba. Mi boca, en cambio, estaba completamente seca.

—Ya está bien por hoy —dijo Aníbal al cabo de un rato que a mí se me hizo muy muy largo.

Retrocedimos sin darles nunca la espalda. Pulgarcito nos abrió la puerta. En cuanto estuve a su alcance, me abrazó.

—Te has portado muy bien, Irlandés. Estoy orgulloso de ti.

Entonces me trajo un cubo lleno de agua. Bebí y bebí.

Luego, Pulgarcito me llevó a su casa. Todos los muebles estaban hechos a su medida y en cuanto agitaba mi cola tumbaba algo. Pero como yo solo quería descansar, me eché y pasé el resto del día intentando recobrar el aliento.

UN TIGRE CELOSO



LAS PERSONAS SUELEN DECIR que uno se acostumbra a todo. Mentira. Yo nunca me acostumbré a estar encerrado en una jaula con cuatro tigres. No obstante, como no tenía más remedio que hacerlo, aprendí a dominar mi miedo. Además, esa era la única forma de salir con vida. Si iban a cazarme, al menos moriría luchando.

Poco a poco, sus rugidos dejaron de impresionarme. Si ellos rugían, yo ladraba; eso les disgustaba casi tanto como el sonido del látigo. Y pronto aprendí que son más peligrosos

—Saca tu genio de cazador —insistía el hombrequito.

¿Cazador, yo? Mis antepasados, tal vez, pero yo no sabía lo que era pisar el campo hasta muy poco tiempo antes. Y si salía vivo de esta, nunca volvería a renegar de las ciudades.

—¡Cállate de una vez, Pulgarcito! —lo regañó Aníbal—. Nos estás molestando.

El silencio invadió el lugar y los tigres se pusieron en movimiento. Daban vueltas y vueltas a nuestro alrededor. Era imposible vigilarlos a todos al mismo tiempo.

Aníbal giraba sobre sus talones observando los gestos de las fieras. Él también estaba tenso. De vez en cuando sacudía el látigo en el aire. Aunque no llegaba a pegarles, el estallido era suficiente para que agacharan la cabeza.



Los tigres seguían dando vueltas pero, poco a poco, se iban aproximando a nosotros, estrechando cada vez más el cerco. Me di cuenta de que Salgari era el que dirigía el acoso, los demás solo lo imitaban.

Cuando ya los teníamos casi encima, Aníbal puso a funcionar el látigo de verdad. Azotó el piso repetidas veces. Una nube de arena negruzca nos envolvió. Durante unos instantes me fue imposible ver lo que sucedía. De la oscuridad podía surgir una garra que me destrozase el lomo, unas fauces que me desgarrasen la garganta..., o las dos cosas juntas.

Empecé a ladrar como un desenfrenado y los tigres respondieron con un coro de rugidos. Pero Aníbal era valiente, debo reconocerlo. Se enfrentó a ellos y los obligó a retroceder. A fuerza de manejar el látigo, de azotar el piso, consiguió que se sentaran juntos. Seguían rugiendo, pero al menos estaban más o menos inmóviles y donde yo podía verlos... a los cuatro.

Aníbal se acercó a las fieras y no tuve más remedio que ir tras él. Nos paseamos arriba y

Los tigres se quedaron inmóviles, fijando sus penetrantes ojos en nosotros.

—Llegó la hora, Thor —me dijo Aníbal—. A ver cómo te portas.

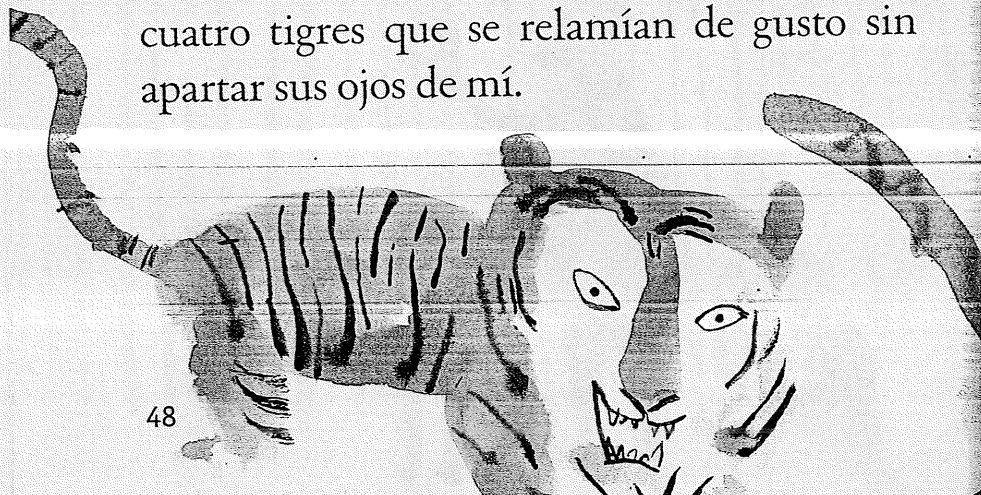
Con un gesto le señaló a Pulgarcito la puerta de la jaula.

—Piénsalo bien, Aníbal. Estás a tiempo de arrepentirte.

—Banda de cobardes. ¡Haz lo que te digo!

Pulgarcito no tuvo más remedio que obedecer y abrir la puerta. Entonces lo comprendí todo: Aníbal planeaba entrar allí ¡conmigo!

Me revolví y empecé a forcejear. Resistí como un loco: intenté morderlo, ladré, gemí, pero todo fue inútil. Aníbal me arrastró hasta el interior de la jaula y Pulgarcito cerró la puerta detrás de nosotros. Ya no había posibilidad de huir. Estábamos encerrados con cuatro tigres que se relamían de gusto sin apartar sus ojos de mí.



¿Qué demonios les pasaba? ¿Es que nunca habían visto a un perro? A lo mejor es que nunca lo habían visto tan cerca, tan a su alcance.

Yo procuraba refugiarme entre las piernas de Aníbal, pero él jalaba de la correa para obligarme a permanecer a su lado, de cara a las fieras. Caminamos hasta el centro de la pista y allí nos quedamos.

—¡Tranquilo, Irlandés! —me gritaba Pulgarcito.

Sí, claro, era muy fácil decir eso protegido por unos barrotes.



Entre los cuatro tigres había uno que destacaba por su tamaño. Se llamaba Salgari. Era el más viejo, el más fuerte y el que tenía peor carácter. Los otros le temían y procuraban apartarse de su camino. Cuando Salgari quería tumbarse en un rincón que ya estaba ocupado, le bastaba con acercarse para que le cedieran el sitio. A él nadie le rechistaba.

Pulgarcito se ubicó a mi lado. El pobre debía de tener frío porque estaba temblando. Acercó su boca a mi oreja y me murmuró:

—Tienes que ser muy valiente, Irlandés. Si ellos huelen tu miedo, no saldrás vivo.

El lugar estaba cada vez más concurrido: trapevistas, equilibristas, malabaristas, payasos, todos se iban acercando a la pista. Llegaban y se sentaban en las primeras filas. Allí permanecían en silencio, como esperando algo.

Aníbal sujetaba mi correa con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía su látigo enrollado. De repente, levantó el brazo derecho, soltó el látigo y lo hizo restallar en el aire. En aquel espacio cerrado, el eco del latigazo retumbó durante unos segundos.



de aburrirse mucho y eso los enfurecía aún más. En cuanto me veían dormido, me soltaban un bufido que me sobresaltaba. Yo les ladraba y entonces ellos rugían. En la oscuridad, sus ojos amarillos relucían como semáforos: era aterrador. Así transcurrían mis noches.

Lo que no entendía era por qué Aníbal había elegido precisamente ese sitio para que yo durmiera. El circo era muy grande y me hubiese conformado con cualquier rincón, mientras fuese un poco más tranquilo. Pulgarcito estaba de acuerdo conmigo.

—¿No ves que el perro no puede dormir? —le decía a Aníbal—. Cualquier día de estos amanece tieso del susto.

—Tiene que acostumbrarse. Y ellos a él.

—Eso es imposible —insistía Pulgarcito—. Entérate de una vez...

—Lo conseguiré. Será un número fabuloso. El acto más grande que se haya visto nunca.

¿Acto? ¿Número? Yo no sabía de qué estaba hablando. Y tampoco quería saberlo. Ni en mil años me acostumbraría a estar cerca de esas garras y esos colmillos.

● EL SUSTO EN EL CUERPO



UNA MAÑANA, Aníbal me llevó a la carpa. La pista estaba rodeada por altos barrotes de hierro y parecía una enorme jaula de pájaros.

—¡Suéltalos! —gritó Aníbal.

Escuché unos rugidos que reconocí de inmediato. Los cuatro tigres entraron en la pista a través de un túnel enrejado que llegaba hasta su jaula.

Los animales empezaron a correr alrededor de la pista; tenían espacio para moverse a placer y disfrutaban ejercitando los músculos. Observé que eran capaces de cruzar la pista de un salto, y sin tomar impulso.

cabeza quedaba a la altura de la mía. Al principio pensé que era un niño, pero olía distinto; la piel de su cara estaba completamente arrugada y tenía una voz muy ronca. Él fue quien empezó a llamarme *Irlandés*.

Pulgarcito venía a buscarme todas las tardes. Aníbal desataba mi correa y dejaba que me llevara de paseo.

—Mucho cuidado, que no se te escape —le advertía—. Este perro tiene más fuerza que tú y, desde luego, corre más rápido.

Pero Pulgarcito le contestaba:

—Él no me haría eso, ¿cierto, Irlandés?

—¡Se llama Thor! —le gritaba Aníbal—. Como el dios vikingo de la guerra.

Cuando nos alejábamos lo suficiente, Pulgarcito me susurraba:



—No le hagas caso. Te llamas Irlandés.

Con él visité cada rincón de lo que llamaban *el circo*. Jugué con los monos, que son muy listos (creo que a veces se reían de mí); dejé que un elefante me abrazara con su trompa; salté sobre la red que usan los trapeceistas, y le robé un balón a una foca mientras lo sostenía con la punta de su nariz.

Lo único que detestaba del circo eran las noches. A la hora de dormir, Aníbal ataba mi correa a una de las ruedas que sostenían la jaula de los tigres, que eran cuatro. Cuatro enormes, aburridos y malhumorados tigres.

La primera vez que me vieron, se abalanzaron contra los barrotes de su jaula, sacando las zarpas y rugiendo. Yo estaba fuera de su alcance, aunque eso no me tranquilizaba mucho.

Entonces por fin comprendí por qué Aníbal olía tanto a gato. Él era el dueño de los tigres y no parecía tenerles miedo. Aun así, siempre llevaba un látigo en la mano.

Los felinos tenían la pésima costumbre de dormir de día y luego pasarse las noches dando vueltas y más vueltas dentro de su jaula. Debían

varias hileras de sillas, muchas más de las que ellos necesitaban.

Lo cierto es que yo tenía la impresión de estar rodeado por una pandilla de locos.

Aníbal era muy popular. Sus vecinos lo saludaban a gritos y se gastaban bromas. Todos me miraban con lástima y decían:

—¡Ahí va Aníbal con su nueva víctima!

—¡Usted sí inventa, compañero!

—Pobre perro, si supiera lo que le espera...

—Me gusta tu conejillo de Indias. Es una pena que tenga que terminar tan mal.

—Es mejor que no te encariñes mucho con él, Aníbal. Ya sabes lo que pasa después.

Y todos se reían a carcajadas. Yo aún no comprendía el porqué de tantas bromas a mi costa. Aníbal, por su parte, intentaba tranquilizarme.

—Tú no te preocupes por nada —me decía—. Lo tengo todo muy bien pensado. En esta ocasión no habrá errores. ¡Vamos a ser famosos!

Pero una cosa eran sus palabras y otra muy distinta el tono de su voz. Los perros nos fijamos mucho en eso. Y en el suyo podía notar que no

estaba tan seguro de lo que decía, que estaba mucho más asustado de lo que aparentaba. Era una buena razón para que yo también tuviera miedo.

No soy ningún ingrato y debo confesar que Aníbal me trataba bien. Todas las mañanas me cepillaba el pelo hasta dejarlo brillante. La comida era buena y el agua fresca y abundante.

Muy pronto empecé a disfrutar de aquel ambiente lleno de color, música, ruido y emociones. Los vecinos siempre tenían una palabra cariñosa para mí. Estaban tan acostumbrados a convivir con animales que a nadie le molestaba un lametón o que me tumbase en sus camas. No eran como la gente de la ciudad, que siempre está preocupada por los pelos que suelto.

En cuanto a los niños, robaban comida en sus casas con ruedas y me la daban a escondidas.

Entre los habitantes del lugar, mi favorito era un hombre muy, pero muy pequeño. Yo nunca había conocido a nadie así. Lo llamaban Pulgarcito. Cuando se paraba a mi lado, su

muy gordo y muy peludo. El olor venía con él. Yo nunca había conocido a una persona que oliera a gato, pero así era.

En dos zancadas se plantó frente a mí y me examinó atentamente.

—Servirás.

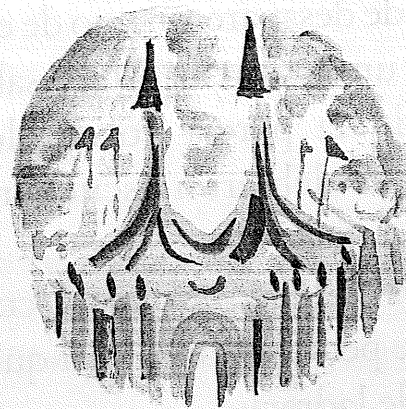
Fue todo lo que dijo.

Caminó hasta la casa y golpeó la puerta como si no existiera el timbre. La mujer abrió y, al ver al gigante, soltó una exclamación de alegría. Era la primera vez que la veía sonreír.

—Pase, señor Aníbal, pase. ¡Qué honor recibir en mi casa al *Gran Aníbal, el Africano!*

¡*Aníbal, el Africano!* Qué nombre tan raro. Aunque lo que de verdad me intrigaba era el olor a gato que desprendía. En ese momento yo no sabía lo cerca que estaba de resolver el misterio.

● LA EXTRAÑA COMPAÑÍA



POR LO QUE PUDE ENTENDER, la mujer me había cambiado por unos billetes. Yo no lamenté abandonar aquella casa ni a la pareja que me había raptado en el bosque. Sin embargo, estaba preocupado por el destino que me aguardaba. Aquel horripilante olor no presagiaba nada bueno.

El carro de Aníbal era un cacharro con motor, pero él lo manejaba a toda velocidad. Debía de gustarle el peligro. Cada vez que pasábamos un hueco, yo rebotaba en el asiento y mis magullados huesos pagaban las consecuencias.

Hicieron varios viajes y, en el último, hasta sacaron el televisor entre los dos.

Antes de desaparecer, uno de ellos se acercó y me dio un caramelo. Estaba sabroso.

Cuando la pareja volvió, los gritos de la mujer se debieron escuchar en muchas cuadras a la redonda.

Lo peor de todo fue que me culpó a mí.

—¡Este perro es tan inútil que ni siquiera es capaz de ladrar!

Me llevé unos cuantos bastonazos, pero en ese momento no me importó demasiado. Verla tan furiosa era mi venganza.

—¡Quiero que te deshagas de este perro!
—le gritaba al hombre sin dejar de golpearme—.
Trae mala suerte.



—Está bien, está bien, lo que tú digas. Pero déjalo o lo matarás.

—Para lo que sirve...

La mujer solo se detuvo cuando se quedó sin fuerzas. Entonces sufrió un ataque de tos y por poco se ahoga.

No pude dormir. Me dolía todo el cuerpo, y hasta escupí un poco de sangre. Permanecí echado, completamente inmóvil, procurando respirar despacio.

El sol me reanimó un poco. Me levanté y di unos pasos. Al menos no tenía ningún hueso roto. De repente, me asaltó un espantoso olor a gato. Era muy extraño porque no había visto ninguno en los alrededores. Un hombre cruzó la reja y se acercó, un hombre muy alto,



Tal vez él pensaba que aquel gesto tan brusco era una caricia. ¡No, no estaba nada contento! Aunque sí un poco más tranquilo después de saciar el hambre y la sed, pero la comida era horrible, el champú, vulgar, y, además, ¡no me llamaba Churri!

Ese mismo día empecé a recibir visitas. Hombres, mujeres y niños venían a verme a cualquier hora. Habían perdido a sus perros y los estaban buscando. Todos se llevaban una gran decepción al verme. Algunos niños incluso se echaban a llorar. Lo sentía por ellos, pero no podía hacer nada para ayudarlos. Yo también había perdido algo.

Cada vez que oía a lo lejos unos pasos en la acera o un carro que se acercaba, me incorporaba y olfateaba el aire. Esperaba encontrar el olor de Luis en la brisa. Esperaba que cruzase la reja y me liberase de aquel encierro.

A medida que transcurrían los días sin ningún resultado, el hombre fue perdiendo las esperanzas de ganarse una plata a mi costa.

—¡Ya te lo dije! —le gritaba la mujer—. A ese lo abandonaron sus dueños.

Cuanto más le gritaba ella a él, peor me trataba él a mí. A veces pasaba más de un día sin traerme comida o darme un poco de agua. Lo único que yo podía hacer era aguardar. Después de todo, solo soy un perro. Las personas ponen avisos en los periódicos:

PERRO EXTRAVIADO

RESPONDE AL NOMBRE DE "LORD"

SE GRATIFICARÁ GENEROSAMENTE

Sin embargo, mi amo era el que se había extraviado y yo no podía hacer nada.

Una noche que la pareja había salido, aparecieron de pronto en el jardín dos jóvenes, casi unos niños. Me extrañó un poco. No eran horas de visita y, además, ya casi nadie venía a verme. Ellos me miraron como esperando que hiciera algo, pero yo no me moví. Ignoraba qué querían y, la verdad, me tenía sin cuidado.

Rompieron una ventana y entraron en la casa. Al cabo de un rato, los vi salir por la puerta llevando en sus brazos un montón de cosas.

—Tú no te preocupes por nada.

Yo estaba casi tan asustado como el hombre. Por fortuna para los dos, la doña se metió en la quinta dando un portazo.

El jardín era pequeño y había un solo árbol. Allí terminé, atado al tronco. Aunque hacía frío, al menos podía respirar aire puro. Y me ahorraaba aguantar los gritos de la mujer.

Esa noche aprendí algo: cuando las cosas van mal, aprecias mejor lo poco que tienes. Ahora me parecía una bendición poder estar solo y tranquilo. Yo, que dormía sobre una tibia alfombra a los pies de la cama de Luis, disfruté de estar atado a un árbol en medio de un jardín que no conocía.

A la mañana siguiente, muy temprano, el hombre se dedicó a bañarme.

—Tienes que estar presentable, Churri —me decía al tiempo que me apuntaba con una manguera—. A lo mejor hoy mismo encontramos a tu dueño. Te gustaría, ¿verdad?

¡Qué pregunta! Definitivamente, era bobo.

El agua helada me dejó empapado y temblando. Después de enjabonarme de arriba

abajo con un champú que olía muy fuerte, volvió a ducharme con la manguera. No era el tipo de baño al que estaba habituado pero, una vez limpio y seco, me sentí mejor.

Entonces el hombre recordó que los perros también comemos y bebemos. Llenó de agua una ponchera de plástico y la dejó a mi lado. Bebí con avidez, a pesar de que el agua sabía a aceite. El arroz que me trajo sobre una hoja de periódico debía de llevar varios días en la nevera, pero tenía tanta hambre que lo devoré.

—¿Qué? ¿Estás contento, Churri? —me dijo golpeándome la cabeza con la palma de la mano.



El tipo manejaba mientras la mujer me vigilaba, ¡y los dos fumaban! Las ventanillas estaban cerradas y el carro se llenó de humo. Yo respiraba con dificultad y los ojos me ardían. Pero eso a ellos les daba igual.

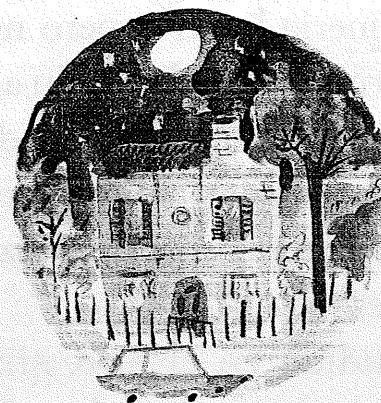
Lo peor de todo era que nos estábamos alejando de mi objetivo. Cuando el carro se puso en movimiento, yo tenía la esperanza de que, al menos, viviesen en mi ciudad. Así llegaría antes y estaría más cerca de Luis. Sin embargo, el hombre enfiló el carro justo en sentido contrario.

Allí estaba yo, en manos de dos perfectos idiotas, rumbo a quiénsabe dónde o por cuánto tiempo. Tal vez estaban separándose para siempre de Luis.

¿Por qué no me había esperado un poco más?

Los árboles del bosque desfilaban por la ventanilla a gran velocidad. Cerré los ojos.

AGUANTAR MIENTRAS SE PUEDA



EL VIAJE SE ME HIZO interminable. Llegamos a su casa de noche. Nada más pisar la acera, vomité. Me hubiese gustado hacerlo mucho antes, pero tenía miedo de pagar las consecuencias si ensuciaba el carro... más todavía. Como llevaba mucho tiempo sin comer, apenas si escupí un líquido blancuzco. Aunque eso fue más que suficiente para desatar la ira de aquella mujer.

—Empezamos bien. ¡Mira lo que ha hecho!

—Yo lo limpio.

—De eso estoy segura. No quiero vomitonas delante de mi casa.

Llevaba su mano izquierda muy baja, casi a mi altura, y la tendía hacia mí. Era un bocado fácil. Yo no quería hacerlo, pero no me dejaban más alternativa. Me lancé. Su agilidad me sorprendió. La mano izquierda desapareció mientras la derecha se movía como un rayo. El bastón se estrelló en mi cabeza antes de que pudiera esquivarlo.

Quedé tendido en el piso, gimiendo de dolor. Pero también de rabia. Nunca me habían golpeado. Luis me daba una palmada de vez en cuando, si hacía alguna travesura; eso lo podía comprender. Sin embargo, que te machaquen la cabeza con un bastón...

—A mí nadie me gruñe —masculló la mujer clavando sus ojos en mí—. Entérate bien, perro sarnoso.

Parecía que ella era la única que podía gruñirle a todo el mundo.

—Vamos, perrito, vamos a casa —me decía el hombre jalando la cuerda.

A casa. Yo no quería ir a su casa. Pero la vista del bastón me convenció de que debía seguirlos.

—¿Ves lo rápido que obedece ahora?
—exclamó la doña soltando una carcajada.

Su risa me humilló y me hizo casi tanto daño como el golpe. Pero yo sabía que tenía que aguantarme. Era una pelea perdida... de momento.

El carro de la pareja estaba estacionado al borde de la carretera. Me obligaron a subir en la parte trasera. Allí había un montón de periódicos viejos, latas vacías de refresco y de cerveza, restos de comida... Era una pocilga maloliente. ¡Qué diferencia con el carro de Luis!



bosque, solo puede significar una cosa: que se cansaron de él y lo abandonaron.

Esa horrible mujer no sabía lo que decía. ¿Cómo se iba a cansar Luis de mí y, menos aún, abandonarme? La pobre desvariaba. Claro que ella no lo conocía como yo.

—Te digo que este perro vale una plata —insistió el hombre—. Nos lo llevamos y ya veremos.

—Mientras no me estorbe, puedes hacer lo que quieras con él —dijo la mujer mirándome amenazante.

El hombre jaló de la cuerda para que me levantara. Yo me resistía: no suelo ir a ninguna parte con desconocidos. La cuerda se tensó y el nudo corredizo que tenía alrededor del cuello me cortaba el aire.

—Arriba, bonito, ven con papá.

Me hablaba en tono cariñoso, aunque no me engañó ni por un momento. Seguí tumbado. No tenía la menor intención de ir con ellos a ninguna parte. Lo único que deseaba era que me dejaran en paz y seguir mi camino.

El tipo jalaba tan fuerte que me arrastraba por la tierra. Eso ya era demasiado. Me incorporé y le enseñé los dientes, todos los dientes.

—Déjame a mí —exclamó la mujer avanzando.

No sabía lo que pensaba hacer, pero me puse en guardia. Mi pelo se erizó y le gruñí.



reflejos. Entonces las muchachas se fijaban más en mí y se acercaban para acariciarme. A veces se juntaban dos o tres y Luis se volvía un poco loco.

Pues bien, después de un día y una noche caminando, mi aspecto era lamentable. Tenía el pelo enmarañado y cubierto de barro. Avanzaba dando tumbos con la cabeza gacha; en cuanto a mi cola, se arrastraba por el piso como si estuviese barriendo la carretera con ella. Seguro que parecía un perro vagabundo, uno de esos en los que nadie se fija por la calle si no es para asustarlos, insultarlos o algo peor. Perros que deambulan por la ciudad como sombras en pena.

Al amanecer ya no podía más. Me interné unos metros en el bosque y me tumbé al pie de un árbol; rendido por el cansancio, me dormí.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que, de pronto, Luis surgió delante de mí, se arrodilló a mi lado y me acarició. Me hablaba con el mismo tono de voz que a veces empleaba con las muchachas:

—Red, mi perro, ya estoy aquí. Otra vez juntos. Como siempre...

Desperté sobresaltado.

Había un hombre junto a mí, pero no era Luis. A este yo nunca lo había oído y, sin embargo, me estaba atando una cuerda al cuello.

—¡Mira lo que he encontrado! —gritó el tipo.

Una mujer apareció detrás de mí. Llevaba un bastón en la mano y me miró como si yo fuese un bicho raro. Después, muy enfadada, le dijo al hombre:

—Te advierto que no quiero chandas en la casa.

¿Chanda, yo? ¿Cómo se atrevía a insultarme?

—Pero ¿no ves que es un perro muy fino? —le contestó el hombre.

Muy fino, eso estaba mejor.

—Me da igual. En mi casa no entra.

—Lo tendremos en el jardín. Seguro que se ha perdido y los dueños ofrecen una buena recompensa por él.

—¡No seas bobo! —le gritó la mujer, cada vez más furiosa—. Un perro así, perdido en el

y corrí tan rápido como pude. Allí, en el recodo, Luis debía de estar esperándome.

Tomé la curva sin aliento y me detuve. Mi alegría se apagó de un soplo. Luis no estaba. Sin duda, me había vuelto a equivocar. Tendría que seguir hasta dar con él. Tal vez en la próxima curva...

Bajé la cabeza dispuesto a seguir mi camino y, en el instante en que acerqué mi hocico al piso, me asaltó un olor que conocía de memoria, que podía reconocer en cualquier parte. Ya no me cabía ninguna duda: Luis había estado allí. Di vueltas y más vueltas hasta estar completamente seguro. ¡Aquel sí era el lugar! Pero mi amo había desaparecido. Y su carro también.

Era la primera vez en mi vida que me encontraba en una situación semejante. Estaba solo y perdido en medio de un bosque inmenso que no conocía. Aunque lo peor de todo era la sensación de desconcierto que me invadía. ¿Por qué Luis no me había esperado un rato más?

Claro que la culpa era mía por haberme perdido. Solo mía.

● UN MAL SUEÑO



CAMINÉ TODA LA NOCHE bajo la lluvia. Sabía que al final de la carretera encontraría la ciudad y, sobre todo, encontraría mi casa. Entonces podría descansar. Mientras tanto, soportaría el frío, la lluvia y todo lo demás.

Soy un *setter* irlandés, tengo dos años y mido más de setenta centímetros. Mi pelo es rojo, largo, suave y ondulado. Aunque esté mal decirlo, soy un hermoso ejemplar. Luis me llevaba a la peluquería una vez al mes. Cuando terminaban de bañarme y peinarme, mi pelaje brillaba con el sol y se llenaba de

—No me extraña —le contestaba Luis—. ¿Has visto su pedigrí? Es bastante mejor que el nuestro.

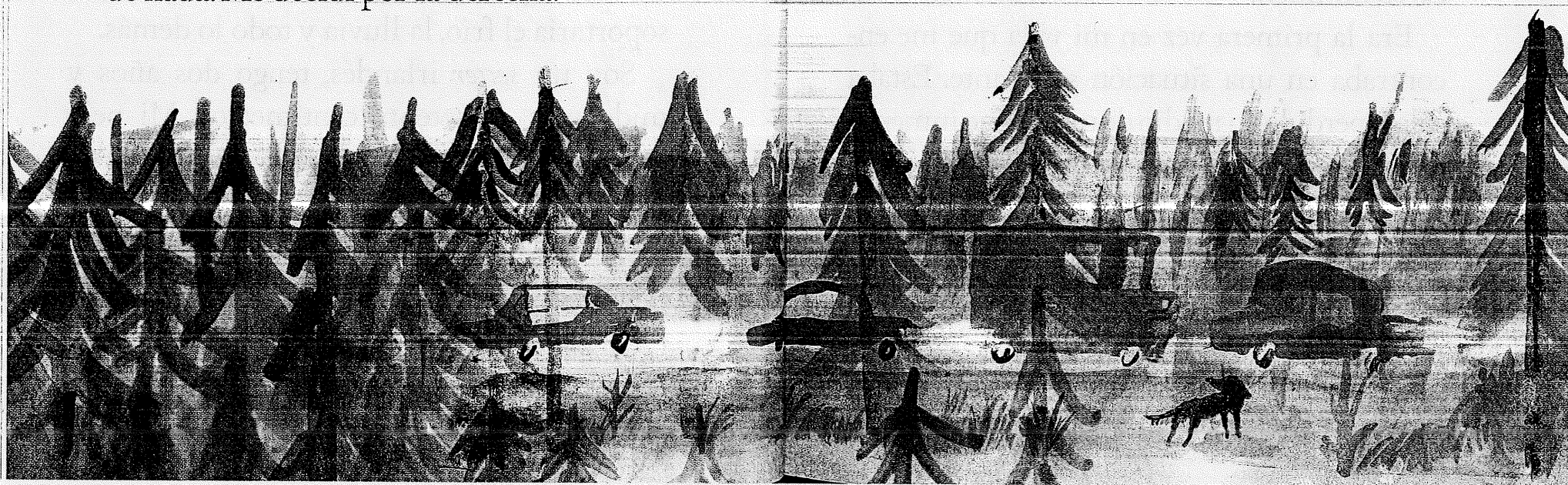
Alcanzar la carretera me tomó mucho tiempo. Solo cuando escuché a lo lejos el ruido de los motores, supe qué camino tomar. En cuanto vi pasar un carro delante de mis ojos, eché a correr. De un salto abandoné la espesura del bosque y me planté sobre el asfalto, terreno conocido.

Miré en todas direcciones. Aquel no era el lugar donde Luis se había estacionado. Tendría que seguir buscando, pero ignoraba hacia dónde debía ir: ¿a la derecha?, ¿a la izquierda? Perder el tiempo dudando no servía de nada. Me decidí por la derecha.

Caminé por el borde de la carretera. Estaba anocheciendo. Los carros llevaban sus luces encendidas y, cuando venían de frente, el resplandor me cegaba durante unos segundos. Sin embargo, yo seguía mi marcha.

La idea de encontrar pronto a Luis me daba fuerzas. El hambre y la sed seguían ahí. Y el dolor en las pezuñas, y el cansancio. Pero no me iba a rendir estando tan cerca de mi meta.

Al final del tramo recto por donde avanzaba me topé con una curva que se parecía mucho al lugar donde habíamos dejado el carro. Mi corazón se agitó, como si no encontrase su lugar en el pecho. Desapareció el agotamiento



En cuanto al aire, era una maravilla. La gente no se da cuenta de que en las ciudades los perros vivimos a la altura de los tubos de escape de los carros. Nuestro olfato y nuestro oído son mucho más sensibles que los de las personas y tenemos que soportar ruidos y olores desagradables todo el día. Y sin protestar.

Estaba tan cómodo que el tiempo se me fue sin querer. Hasta que advertí que Luis no había dado señales de vida. Claro que los humanos son muy torpes cuando tienen que buscar algo. Como de costumbre, me tocaría a mí dar con él.



Me levanté y recogí de la hierba el dichoso palito. Volví sobre mis pasos a buen trote. Pero no encontré a Luis en el sitio donde lo había visto por última vez. Di una vuelta por los alrededores sin ningún resultado. Lo raro es que tampoco lo oía llamarme a gritos, como hacía siempre que me andaba buscando.

Entonces me acordé de una travesura que a Luis le encantaba. En el parque, a menudo se alejaba de mí para esconderse detrás de unos árboles. Allí se quedaba inmóvil hasta que lo encontraba.

Pronto descubrí que buscar a alguien en el bosque es mucho más difícil. A medida que pasaba el tiempo, empecé a ponerme más y más nervioso. Sin darme cuenta, me alejé mucho. Cuando quise volver al punto de partida, era demasiado tarde. Por más que olfateaba la tierra no podía encontrar el rastro de Luis. Lo había perdido.

Así somos los perros de ciudad: unos inútiles incapaces de seguir una pista.

La mamá de Luis siempre decía lo mismo:
—Este perro es tan delicado como tú.

Ese día jugamos varias veces y, en una ocasión, cuando volví a su lado, Luis hizo algo que nunca había hecho: se inclinó hacia mí y me quitó el collar. Se quedó con él en las manos, dándole vueltas, mirando la placa.

—Red, amigo... ¡Qué cosas tiene la vida! ¿Por qué no se puede tener todo? Eh, compañero, dímelo tú.

A mí todo aquello me extrañó un poco. Aunque, como estoy acostumbrado a que los humanos hagan cosas muy raras, no le di mayor importancia.

—Vas a estar bien —dijo, acariciándome el lomo.

Luis arrojaba el palo cada vez con más fuerza, casi con rabia. Yo empezaba a hartarme del jueguito, así que decidí tomarme un descanso. Llegué hasta donde había caído el palo pero, en lugar de recogerlo, me tumbé en el piso. Era el turno de Luis de venir a buscarme.

La tierra estaba fría y húmeda. Ya me había familiarizado con los ruidos del bosque y descubrí que me gustaban. Desde luego, son mucho más agradables que los de la ciudad.



Ya estaba muy cerca de la carretera y mi corazón también aceleró el paso. Me sentía muy cansado y, lo confieso, asustado. Era un perro de ciudad y no estaba habituado a caminar solo por el bosque.

Esa mañana, no sé por qué, Luis decidió que íbamos a dar un paseo en su carro en lugar de ir al parque. A lo mejor quería probarlo, porque era nuevo. Luis cuidaba mucho sus carros, casi tanto como a mí.

Fue un viaje bastante largo por carreteras estrechas que yo no conocía. Por fin, Luis estacionó el carro cerca de un camino de tierra. En ese momento, sonó su teléfono celular.

—Aló... Buenos días, mi amor... Sí, llegamos... Luis me miraba fijamente mientras hablaba.

—Todavía no... ¡Ya sé lo que tengo que hacer! No necesito que me lo repitas... Sí, discúlpame, no volveré a gritarte... Te llamo luego...

Salimos del carro y nos internamos por un camino de tierra.

Al principio yo estaba disgustado. Había demasiados olores nuevos para mí y unos ruidos

extraños que nunca antes había oído. Por si acaso, me quedé cerca de Luis. Aunque él tampoco parecía muy contento. A veces andaba muy rápido y otras remoloneaba, como si no supiera a dónde ir ni qué hacer. Claro que en ese bosque no había muchachas. Estábamos los dos solos.

Luis se detuvo y se sentó en el piso, con la espalda apoyada contra un árbol. Yo me tumbé a su lado y él me acarició la cabeza. Noté que tenía la mano húmeda, y eso que no hacía nada de calor. Y también desprendía un olor que no le conocía.

Prendió un cigarrillo, una de las costumbres de Luis que yo más odiaba. Si él supiera cómo me molesta el olor del humo, seguro que dejaba de fumar.

Al cabo de un rato, se levantó y echó a correr. Yo, claro, lo seguí. Llegamos a un claro del bosque. Luis agarró un palo y lo tiró lejos. En esos casos, se suponía que yo tenía que ir a buscarlo, recogerlo del piso y llevárselo de nuevo. Era un juego bastante simple, pero a él le encantaba. Y a mí me gustaba complacerlo.

¿Cómo había podido despistarme? Estaba acostumbrado a dar largos paseos por el parque con Luis. A veces lo perdía de vista durante un buen rato, pero siempre nos encontrábamos.

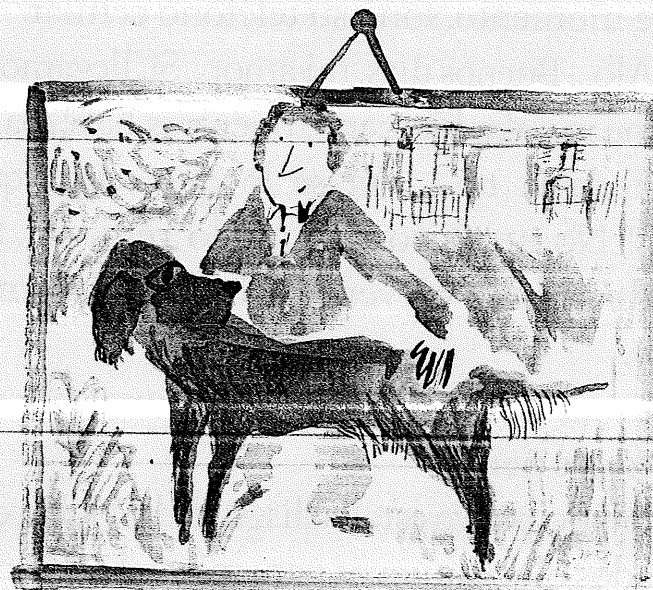
Luis, joven y soltero, solía pararse a conversar con las muchachas. Empezaban hablando de perros y de lo bonito que soy (era un tema de conversación que me encantaba). Ellas le preguntaban mi nombre y él siempre tenía su frase lista:

—Red, se llama Red, rojo en inglés, el color de la pasión...

Entonces se gastaban bromas con el tema, bromas que no me divertían. Las muchachas me acariciaban y eso sí me gustaba. Aburrido de su charla, me daba una vuelta. Después de olfatear unos cuantos árboles y de hacer mis cosas, volvía en busca de Luis. A menudo lo encontraba de muy buen humor. Eso significaba que la muchacha le había dado su teléfono.

Otras veces, en cambio, me ataba la cadena y casi me arrastraba hasta nuestro apartamento, sin dirigirme la palabra en todo el camino.

Desde pequeño aprendí que, cuando estaba así, lo mejor era dejarlo tranquilo. Si me ponía muy pesado, era capaz de darme con lo primero que tuviese a mano. En cierta ocasión, me tiró a la cabeza el control remoto del televisor, que terminó estrellándose contra la pared. El muy bobo se quedó todo un día sin poder ver sus programas favoritos. Aunque yo entendía lo que era estar de mal humor. Por ejemplo, a mí no me gustaba que los chandas pulgosos viniesen a olisquearme como si fuéramos íntimos amigos.





YA NO ME PARECÍA TAN DIVERTIDO andar por el bosque. Llevaba horas perdido, sin nada que comer ni beber. Bueno, había encontrado una charca de agua, pero estaba muy sucia. En casa siempre tenía a mi disposición un cuenco lleno de agua fresca en un rincón de la cocina.

Las pezuñas me dolían por culpa de las piedras que se clavaban en mi piel y que no me permitían avanzar con rapidez. Pero debía apresurarme. Podía oír el ruido de los carros. Solo tenía que llegar hasta la carretera. Seguro que Luis, mi amo, estaría esperándome.

ÍNDICE

Jugando a la escondida	9
Un mal sueño	21
Aguantar mientras se pueda	29
La extraña compañía	37
El susto en el cuerpo	45
Un tigre celoso	53
Un héroe inesperado	63
La pandilla salvaje	73
Uno o dos milagros	81
La visita de un pariente lejano	89
Un viaje de vuelta a ninguna parte	97
Las deudas se pagan	103





Tomás Onaíndia

(Caracas, 1953). A los nueve años leí *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling. Aquellas palabras hiladas me transportaron muy lejos y me dejaron abandonado en medio de una manada de lobos, el Pueblo Libre, que me adoptó. Desde entonces, cada vez que empiezo una historia, espero que suceda algo parecido. Tal vez por eso trabajo traduciendo libros, e incluso los escribo.



Juan Camilo Mayorga

(Bogotá, 1988). Soy diseñador gráfico egresado de la Universidad Nacional de Colombia, donde desarrollé un interés especial por la ilustración y el arte. Vivo en Zipaquirá-Cundinamarca y he tenido la fortuna de trabajar como ilustrador en diversos proyectos editoriales y personales que han sido publicados en Colombia, México y Estados Unidos.

